

# 1<sup>ER</sup> CONCURSO DE RELATO CORTO TORREMOLINOS 2022

BIBLIOTECA MUNICIPAL PABLO RUIZ PICASSO DE TORREMOLINOS



## RELATOS GANADORES



Biblioteca Municipal  
TORREMOLINOS



Torremolinos  
CULTURA



1<sup>ER</sup> CONCURSO DE  
**RELATO CORTO**  
TORREMOLINOS 2022

BIBLIOTECA MUNICIPAL PABLO RUIZ PICASSO DE TORREMOLINOS

**RELATOS GANADORES**



**Torremolinos**  
CULTURA

## **Créditos:**

ISBN: ISBN: 978-84-17457-74-7

Depósito Legal: MA 838-2023

Copyright: Biblioteca Pública Municipal Pablo Ruiz Picasso, 2023.

Ayuntamiento de Torremolinos.

Plaza Blas Infante S/N.

29620 Torremolinos (Málaga)

Tlf: 952 38 51 82

[bibliotecapicasso@torremolinos.es](mailto:bibliotecapicasso@torremolinos.es)

Facebook: [BibliotecasMunicipalesdeTorremolinos](#)

Facebook e Instagram: [@torremolinoscultura](#)

[www.torremolinoscultura.es](http://www.torremolinoscultura.es)

Maquetación: Silvia Rasero - Ayuntamiento de Torremolinos

Diseño cubierta: GAP Comunicación / Silvia Rasero

Corrección ortotipográfica: Alejandra García López

Imprime: Centro de Ediciones de la Diputación de Málaga

Queda terminantemente prohibido, sin la autorización escrita del titular de copyright, bajo las sanciones establecidas por las leyes, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendida la reprografía y el tratamiento fotográfico.

Impreso en España - Printed in Spain

**VARIOS AUTORES**

**1<sup>ER</sup> CONCURSO DE  
RELATO CORTO  
TORREMOLINOS 2022**

**BIBLIOTECA MUNICIPAL PABLO RUIZ PICASSO DE TORREMOLINOS**



**Biblioteca Municipal  
TORREMOLINOS**

**PABLO RUIZ PICASSO**



# ÍNDICE

## Categoría Adultos mayores de 18 años:

PRIMER PREMIO	
<i>Ruber y el paraíso</i> .....	11
SEGUNDO PREMIO	
<i>Internacional</i> .....	17
TERCER PREMIO	
<i>El camino más largo</i> .....	23

## Categoría Juvenil desde los 12 hasta los 17 años:

PRIMER PREMIO	
<i>Un crimen, un tesoro y una aventura</i> .....	31
SEGUNDO PREMIO	
<i>La molienda de la convivencia</i> .....	39
TERCER PREMIO	
<i>Rex Novus</i> .....	48

## Categoría Infantil desde los 6 hasta los 11 años:

<i>Las abuelas heroínas</i> .....	61
<i>El tesoro</i> .....	65
<i>El puente de la amistad</i> .....	74

<b>Jurado</b> .....	<b>78</b>
---------------------	-----------







# *Ruber y el paraíso*

PRIMER PREMIO - CATEGORÍA ADULTOS

**Víctor J. Ors Núñez**

Presentado al concurso con el pseudónimo Reinier Salas

Surgió del mar, pisó la arena e hizo arte con cada huella la hermosa Aglaya sobre la playa buscando a las otras dos gracias. Las Cárites fuerte brillaban mientras las tres juntas se hallaban, estando solas no prendían, solo una estela de luz dejaban.

Ya muchos pasos por la bahía creaban un rastro para seguir, los atraídos por la bella gracia seguían su marcha guardando distancia. Muy acechada la gracia hermosa, buscó escondite de donde vino, toda la costa del sol anduvo y halló escondite en Torremolinos.

La dulce Claudia limpiaba pescados sobre su mesa de clara madera, cuando observó a la hermosa gracia mal escondida tras las palmeras.

—Venga doncella, venga a mi mesa, si busca refugio de gente artera, le ofrezco agüita y rica comida lejos de todos esos problemas.

Desesperada la hermosa Aglaya aceptó la ayuda de la chicuela, se refugió bajo su mesa y sin dudarle se fue con ella. Dejando atrás a sus seguidores, se hospedó en La Carihuela, una casita, la más humilde, de pescadores que a sedal o chambel pescan.

—Pequeña Claudia, mi salvadora, contigo ahora tengo una deuda. Yo te bendigo de ahora en cuando con la belleza a tu descendencia, cuando sea tiempo y te enamores de un pescador que trabaje duro, tendrás la más hermosa pequeña de toda la costa del sol, lo juro!.

Un gran destello en altamar guió a Aglaya a su reencuentro, vio a sus hermanas sobre las olas llamándola con alegres gestos. De la bahía de Málaga partieron las Cárites con un destino, dejando impregnada toda su esencia y reminiscencia a Torremolinos.

Huyendo de burlas y deseando relevo, pidió Ruber al capitán Acetes que navegara hasta los confines buscando sitio para empezar de nuevo. Antes timonel y ahora sacerdote, navega Acetes con sus delfines, sirviendo siempre al gran Dionisio y ahora a su hijo con parcos fines.

Cual luminaria brilló la costa halando la vista del viejo Ruber, quien decidido guió el navío allá donde las olas muy poco rugen. Playas hermosas, esencia divina, gente afectuosa en las cercanías, vio en el sitio el robusto anciano que otro lugar ya no buscaría.

Amó el lugar, bendijo los campos, creció el cardumen bajo su mano, surgió la siembra, semillas nuevas para los molinos bajo su mando. Era un pueblito de pescadores que siempre fueron trabajadores, con red en mano, caña y anzuelo, buscan su vida bajo ese cielo.

Simpatizó el viejo a los nativos aun con su cara de pocos amigos, su barba larga, rojos tirantes vestía el anciano para ocultarse. Barriga falsa escondiendo un falo, una enfermedad que no descendía, una maldición causada por Hera gracias a su infiel madre Afrodita.

Vivió feliz el tiempo que quiso en el que era su paraíso, lejos de burlas crueles e infamia, el primogénito de Dionisio. Pasado el tiempo, creció la gente, apreciando su esfuerzo diligente y la descendencia fue floreciendo mientras los niños iban creciendo.

La hija de Claudia, la hermosa Amelia, la más dulce de La Carihuela, desde pequeña atrajo a los niños que hasta abandonaban la escuela. Ya de adultos la perseguían, por los rincones a la doncella, casas y campos, tierras o aceras, la procesión no le daba tregua.

—Trabajador duro y buen pescador tiene que ser tu prometido, así lo dijo la hermosa Aglaya y hay que cumplir su cometido—. Firmes palabras, su madre Claudia le dejó su plan en claro cuando la pereza de Amelia repensaba el plan dudando.

De siempre hermosa y sin esfuerzo, de todos recibió regalos, mil pretendientes y en aumento, promesas finas, joyas y halagos. Nunca hizo

esfuerzo la bella Amelia, el trabajo no era para ella, solo tertulia, parranda y fiesta, donde siempre había gente nueva.

Se había regado el rumor de ella y venía mucha gente de afuera a disfrutar de Torremolinos e intentar prender la doncella. Unos de paso, otros mudados, para afianzar sus pretensiones, hizo crecer del día al ocaso un centenar de edificaciones.

De entre todos sus favoritos, Marcos se lleva el premio, Ruber siempre lo bendijo, guiando su trabajo honesto. Pesca de día, de noche regresa, sueña con desposar a Amelia, a pesar de los consejos del dios que tanto lo aprecia.

—Bendita por la bella Aglaya, nacida en La Carihuela, para nada ella se esfuerza como hacen otras doncellas. Siempre tendrás que vivir trabajando para ella, si quieres que en tu futuro se quede la hermosa Amelia. Caso omiso el joven Marcos hizo a las advertencias y de rodillas a Cupido imploró por su clemencia, quien se le presentó atraído por la esencia de un dios escondido y de las Cárites más bellas que besaron Torremolinos.

Flechó a ambos Cupido, sin Marcos necesitarlo, asegurando de esa forma el amor de cada lado. Amelia prendada de Marcos, la multitud inmersa en llanto al saber que su doncella desposaría a un fulano.

Sonaban campanas de boda, con Ruber como padrino, quien advirtió a los novios no invitar a un gentío, pues atraer multitudes atentaría contra su sitio y la paz que se sembraba en todo Torremolinos.

Huraño, feo y gruñón, el padrino principal no quería que sus hermanos vinieran a estorbar pero, en cambio, la madrina, que no era menos que Aglaya, tenía una idea diferente de como celebrar la hazaña.

Se apareció Himeneo, el dios de los matrimonios, quien presidió el solemne acto cantando himnos de gozo. Luego, celebró con fiesta, a pesar de las advertencias de su hermano disfrazado con enorme vestimenta:

—Saludos, Príapo querido, muy original tu prenda que usas para esconder el don que el que vio recuerda. Espero que mi parranda no te altere ni te ofenda porque no existe buen matrimonio sin celebración expresa.

—Lamentable que la fiesta la tengas siempre en la frente y que sea la única cosa que te sirve de presente, no armes más alboroto, ya es suficiente gente, no se te ocurra invitar a nuestro hermano a este banquete.

Terminando esas palabras, casi como una invocación, apareció Como en el sitio, ebrio, dormido y soñando, impulsado con sus alas, balbuceando una canción inteligible para los escuchas, incrédulos de su visión.

—Suban todos las palmeras, úsenlas de trampolín, un clavado hacia la arena y «zzz...» —hasta ahí llegó el mitin. Del desmayo a la incoherencia oscila en el caos Como trayendo a muchos ideas del disfrute de los locos.

Ardido en cólera Priapo, con su identidad expuesta, se largó el viejo barba-do de la celebración funesta. Con el pasar del tiempo vio crecer Torremolinos, viniendo gente de cerca y también de largos caminos.

Tapiaron las termas públicas, hoy Castillo Santa Clara, al igual que galerías que eran por demás de largas. Ni los muertos se salvaron, bajo la plaza Cantabria aunque al menos respetaron la majestuosa calzada.

Priapo, viendo que los suyos bailaban en vez de pescar, quiso aleccionar a todos retirando su bondad. Los campos se marchitaban, los peces no se veían, el viejo los presionaba para ver qué le pedían.

Pero su asombro ingrato le hizo ver que una canción por más que no cante un divo si la toca un orquestón. Amelia, bien conocida por todos los alrededores, le escribió a sus conocidos invitándolos de vacaciones. Puso a mujeres del pueblo a atender recién llegados mientras los hombres capaces les servían abnegados. Veía el viejo el progreso que no era un espejismo y así Amelia con astucia desarrolló el turismo.

Inmerso en una rabia y con su gran plan frustrado, ideó Priapo de nuevo una estrategia sin fallo. Hizo crecer los campos, más de lo conocido, sacó todos los pescados que en el mar había escondido.

Trajo a todos herramientas que a Hefesto le había encargado para labrar mejor la tierra y pescar mejor pescado. Su plan funcionó a medias porque no todos volvieron al ver que ni mar ni tierra producen tanto dinero.

La economía creció, enseñando el sitio al mundo, desde Playa Carihuela a Los Álamos rotundos. Bajondillo que se centra en su calle San Miguel, Playamar y Montemar, en ninguna falta hotel.

Inventaron el gran espeto, seis sardinas ensartadas en caña, asadas bajo tenue fuego, delicia tal, que hasta eventos sobre quien mejor lo hacía, brotaron en cada festejos.

Himeneo albergó a Sinatra, Elton John y Montiel, mientras Como extravagante de Suecia trajo el toples. Afrodita dio vestigios del movimiento LGBTI y Dionisio más que vino, sustancias que dan placer.

Miró el viejo resentido su paraíso crecer en manos de su familia que lo hacía enloquecer.

Todo era fiesta y locura, pasión y amor sin vergüenza, dejando todos de lado el trabajo que él profesa.

Su último plan calculaba destruir Torremolinos si no era para él no era para nadie fuese justo o mezquino. El más simple de los hombres le hizo cambiar su destino, había vuelto humilde Marcos de todos su preferido.

—Oh mi Ruber, oh mi Priapo, ha pasado mucho tiempo desde la última vez que logré verlo contento. Un tiempo antes de mi boda a la que fuiste molesto por no atender tu consejo y con otro haber resuelto.

—No me vale tu sentido ni tu lástima, mortal, acabaré Torremolinos y lo llevaré a su final. Ya estoy harto de que a todos me los quieran transformar en una versión retorcida nadita tradicional.

—Somos el dulce fruto de la prensa de tus manos que en adversidad superamos tus pruebas sin sustitutos, quitaste y luego nos diste juzgándonos sin razones empujando a los tuyos a los brazos de otros dioses.

—¿Por qué tuvo que cambiar completo mi paraíso si me esforcé tanto en hacer que quedara lo que se hizo? Dime, mi querido Marcos, ¿acaso yo he traicionado o será que yo seré el primer olímpico errado?.

—Mi señor, con su permiso le digo, está equivocado, si errar es solo de humanos, ¿por qué cree que lo hemos amado? Es usted el más cercano

de los dioses conocidos, que con temple se ha quedado cuidando Torremolinos.

—Su ojo está muy cerrado y no lo ha dejado observar que no hay un solo camino, hay millones para andar. ¿Recuerda a mi amada Amelia, la perezosa doncella? ¿Quién cree que sacó adelante a todo este pueblo? Fue ella.

—Entendemos sus razones y aceptamos lo que hizo, gracias por las bendiciones que mucha falta nos hizo. A quedarse yo lo invito, como un hombre en su chocita, un dios no hace un paraíso, lo hace la gente que habita.

Pensativo un instante, el dios comprendió lo dicho por el sencillo mortal que por tanto tiempo quiso. Asintió con su cabeza, el progreso había hecho nicho, sacó algo en su mollera, su divinidad al olvido.

Si alguna vez anduvieras, mi visitante querido, paseando en La Carihuela allá en Torremolinos, tópatelo con el que quieras que todos cordiales andan menos el de tirantes rojos, el anciano, barba larga.

# *Internacional*

SEGUNDO PREMIO - CATEGORÍA ADULTOS

**Estefanía Márquez Tejada**

Presentado al concurso con el pseudónimo Estupenda Márquez

Mientras el podólogo revisaba los catorce papilomas que tenía en el pie, pensé en lo poco que me gustaba el número catorce. No solo porque tener catorce papilomas se había convertido en una auténtica pesadilla, sino porque el día catorce fue el día que se murió el Richard y catorce eran también los años que tenía yo en aquel momento. Tener catorce años era lo peor que le podía pasar a una en la vida. Mis tetas seguían siendo pequeñas pero ahora el pezón había tomado una forma puntiaguda que marcaba cualquier camiseta que me pusiera por muy ancha que fuese, además no existía indicio alguno de armonía entre mi nariz y el resto de la cara y en cuestión de una semana me había brotado un acné que se extendía desde la frente hasta los codos. En ese mismo instante, se me posó una mosca en la punta de la nariz, intenté cazarla con la mano pero huyó hacia el fondo de la sala donde encontró una nueva ubicación en la que disfrutar de su existencia: un cuadro con un diploma que decía «Asociación de Empresarios de Torremolinos». Justo alrededor, había otros cuadros con títulos enmarcados que decían cosas como «Experto en Ortopodología» o «Seminario de Podología Deportiva». Sinceramente, no tenía ni idea de qué significaba ortopodología pero en aquel momento me pareció una buena opción detenerme a leer todos esos títulos, si con eso conseguía desviar la atención que tenía puesta en el dolor que me estaba causando aquel bisturí que avanzaba sobre mis papilomas.

Me di cuenta que tenía papilomas un día tumbada en el sofá cuando el Richard se puso a ladrarle a mis pies después de haber intentado chuparme un resto de Nocilla que se me había caído en el dedo gordo mientras merendaba. El Richard era un perro increíble, al principio, cuando lo adoptamos, era un poco travieso, mi madre decía que era el demonio pero para mí no era tan malo,



algún que otro sujetador del tendedero sí que se comió y algunos arañacitos al coche del vecino también le hizo, pero nada que no se pudiera solucionar con unas disculpas, un flan de queso y una sesión de pintura en el taller de mi primo Manolo. En realidad sí que era un poco malo, pero luego te venía con las orejas caídas y la carita de perro pachón y se te pasaba el enfado. Lo de la cara de pachón era literal, era un perro pachón cruzado con algún chucho de pelo tieso y canijo. Cuando lo recogimos nos dijeron que la madre pertenecía a un cazador que vivía en Alhaurín y que había tenido estas crías después de aparearse con un chucho en un descuido del señor. Parece ser que en un momento de lucidez a este señor se le ocurrió poner un anuncio en Facebook para ver si alguien quería adoptar esos perritos antes de ahogarlos en el río y justo allí estaba yo, haciendo *scroll* en la pantalla de mi Blackberry, revisando la más rigurosa actualidad que me ofrecía el algoritmo de la red social del momento, Facebook, cuando me topé con la publicación y convencí a la Paqui para que me llevase en su vespino a recoger una de esas criaturas. La Paqui era mi niñera, era hija de una vecina de la Loma de los Riscos, estaba ahorrando para irse a vivir al extranjero y ese verano se sacaba un dinerillo cuidándome mientras mis padres trabajaban.

Cuando mi madre llegó a casa, después de una jornada laboral de más de 12 horas, casi le da un soponcio pero, en lugar de hacer una demostración de sus grandes dotes como la mejor lanzadora de zapatillas de todo Torremolinos, se puso a llorar con el corazón encogido. Nunca la había visto llorar así desde el día que murió mi abuela, pero esta vez lloraba de alegría. Eso sí, primero me soltó una colleja para dejar claro quién mandaba en esa casa, luego cogió al perro en brazos y dijo: «qué guapo es, se parece a Richard Gere, lo llamaremos Richard». Y así le pusimos, Richard. Nadie se opuso a la idea de llamarle Richard. Ni la Paqui, ni yo, ni mucho menos mi padre, quien desde que se había hecho comercial de una multinacional de tornillos para maquinaria de hostelería nunca paraba en casa porque tenía mucho trabajo vendiendo tornillos para todos los hoteles de la Costa del Sol y cuando lo hacía todo le parecía bien, solo quería tumbarse en el sofá, abrirse una cerveza y ver lo de Juan y Medio.

Ese día, al volver del podólogo con los pies vendados y después de haberme puesto un líquido que ardía como si hubiera cruzado descalza una hoguera de San Juan en La Carihuela, aproveché mi situación de vulnerabilidad para dar pena a mi padre —que estaba tirado en el sofá— y le pregunté si podía ir al concierto de Melendi en la feria. Asintió con la cabeza sin apartar la vista del televisor y me preguntó si con diez euros me valía. Diez euros más cuatro son catorce, pensé, eso me daba para tres macetas de tinto de verano y me sobraba para subirme cuatro veces en los coches de choque. «Está perfecto», le dije después de plantarle un beso en la frente y salir escopetada a buscar a la Jenny. La Jenny era mi mejor amiga y la más internacional, se llamaba Jenny porque su madre era sueca y en Suecia era un nombre muy típico —o eso decía ella—. Un día me confesó que le daba mucha vergüenza llamarse Jenny porque todas las Jennys que conocía usaban pendientes de corales y masticaban chicle con la boca abierta, por eso, cuando alguien le preguntaba cómo se llamaba, ella contestaba: «Me llamo Jenny pero no Jenny de España, Jenny de Suecia». Ella era una tía internacional con un gusto exquisito por la música pop europea, conocía todas las bandas de música del momento y decía que Nelly Furtado era la mejor cantante de la última década. Yo llevaba desde cuarto suspendiendo inglés, así que no tenía ni idea de qué decían las letras de las canciones de Nelly Furtado, de hecho mi cantante favorito era Melendi pero eso no podía contárselo a la Jenny porque entonces hubiese dejado de hablarme y tendría que haberme ido en los recreos con las otras Jennys —y eso no me apetecía nada—. Aunque se me diese fatal el inglés yo también quería ser una tía internacional, no iba a tener 14 años para siempre, algún día haría como la Paqui, trabajaría de niñera todo el verano y con lo que ahorrara me iría a Londres a vivir la vida de mis sueños.

A la madre de la Jenny le pasó todo lo contrario a lo que yo quería que me pasara en la vida. La madre de la Jenny llegó a Torremolinos en el 92 después de visitar la Expo de Sevilla y conoció al que sería su futuro marido una noche en el espectáculo de animación del Hotel Pez Espada donde se alojaba con sus cinco amigas, todas altas, rubias, delgadas y con unos bikinis que cubrían sus

pezones parcialmente. Lo del bikini lo sé porque su madre sigue teniendo la foto que se hicieron en la entrada del Aquapark con una persona disfrazada de un ser indefinido que oscilaba entre Mickey Mouse y Shrek, de hecho, era la única foto que había en el salón de su casa, ni una foto de bautizo, primera comunión o boda, lo único que acompañaba a aquella instantánea era un cuadro gigante con la Plaza de Toros de Málaga pintado al óleo. Se ve que fue amor a primera vista porque ella tardó menos de dos meses en ir a Estocolmo, terminar sus exámenes y volver a Torremolinos con todas sus pertenencias para casarse con el animador del polito azul cielo y la piel tostada. A los 7 meses y medio nació la Jenny, un bebé gordo con los ojos negros como el tizón y la piel blanca como la leche, tenía la cara redonda como un mollete de Antequera y los brazos gruesos como esos salchichones que hacía mi abuela cuando iba a visitarla en verano. Su madre siempre cuenta que tenía pelo hasta en los hombros y que lloraba tanto que pensaban que tenía nostalgia de vivir en un país en el que nunca había vivido. Nunca entendí de dónde le venía esa genética de mujer velluda a la Jenny, su madre tenía tres pelos rubios mal distribuidos por la cabeza y su padre era completamente calvo. A medida que fueron pasando los años, la Jenny se fue convirtiendo en una niña delgada, alta, pálida y con mucho pelo. Tenía tanto pelo que en verano no quería venir a la playa y si venía se ponía debajo de la sombrilla con un pantalón largo. Ella decía que no tomaba el sol porque estar morena era de gente pobre pero yo sabía que no se quitaba el pantalón porque su madre no le dejaba hacerse la cera y creía que nos íbamos a reír de sus pelos de las piernas.

Estuve un buen rato en la puerta de la casa de la Jenny aporreando el timbre sin éxito alguno, algo que me pareció muy extraño ya que los viernes por la tarde la Jenny siempre estaba en casa; sus padres trabajaban hasta la madrugada y ella aprovechaba que no había nadie para descargarse del eMule las últimas canciones de sus artistas favoritos. Estaba a punto de darme media vuelta e irme a casa indignada pensando que no iría al concierto de Melendi cuando vi una sombra cruzar la cristalera del salón que daba al patio. Al gritar

fuerte su nombre, la sombra se paró y permaneció inmóvil unos segundos, seguidamente se giró y fue hacia la entrada. Me abrió la puerta una Jenny destrozada, con la cara hinchada de llorar y el pelo enmarañado como si le hubiese atacado un gato salvaje, llevaba puestos unos calzoncillos de cuadritos escoceses y una camiseta de los Backstreet Boys con el cuello roído, me dijo: «lo siento, no te he oído llegar, pasa y nos tomamos algo». Al entrar me agarró la mano y me arrastró hasta la cocina, abrió la nevera, cogió una jarra con agua fría, sirvió dos vasos y seguido les puso tres cucharaditas de té soluble a cada uno. Me acercó uno de los vasos y nada más tenerlo en mis manos le di un sorbito pequeño pero intenso. Siempre que iba a casa de la Jenny y me invitaba a té soluble me lo bebía a sorbos pequeños porque no quería que se acabase nunca. En Torremolinos no vendían ese té ni nada que se le pareciera, lo había buscado por todas partes pero no existía, ella siempre tenía té soluble en la despensa porque cuando su abuela venía de vacaciones en verano le traía una caja gigante con 10 tarros que le duraban todo el año.

De la cocina pasamos a su habitación y nos sentamos en su cama. Era agosto pero tenía el nórdico puesto porque a ella no le gustaba usar sábanas y porque su nórdico tenía una funda chulísima color turquesa con burbujas y una ilustración gigante de las Supernenas en el centro. Le pregunté si estaba bien y si había estado llorando pero ella no me respondió, en lugar de eso me contestó con otra pregunta.

—¿Has escuchado el disco nuevo de las Sugababes?

—Eh, no, ese no lo he escuchado —le respondí, sin tener ni idea de quiénes eran esas.

—Me recuerdan mucho a ti —me dijo— sobre todo la canción 5 y la 9. ¿Quieres que te las ponga?

—Por supuesto —respondí con vehemencia.

Si la Jenny quería compartir una canción conmigo, no iba a ser yo quien se negase. Cogió un CD que tenía su nombre y un arcoíris dibujado con rotulador Edding y lo puso en el equipo de música. Se tumbó en la cama, encima

de la funda de las Supernenas, y me hizo un gesto para que me tumbase a su lado, nos quedamos toda la canción mirando fijamente las estrellitas fosforescentes que tenía pegadas en el techo y escuchando con detenimiento aquello que parecía tan importante para ella. Yo no entendía ni una sola palabra de lo que decía esa canción, pero parecía que ella sí porque cuando la miré de refilón vi cómo le caía una lágrima por la mejilla. Cuando saltó la siguiente canción, una bastante más alegre que la que acabábamos de escuchar, la Jenny se giró y me miró fijamente, yo le sostuve la mirada un buen rato hasta que me aburrí y le agarré la cara para, a continuación, lamerle la lágrima que ahora le bajaba hasta la barbilla. Nos volvimos a mirar y me lancé a darle un beso en los labios, ella, sin pensárselo dos veces, abrió la boca, sacó la lengua y empezó a moverla haciendo círculos. Al cabo de dos segundos, separó nuestros cuerpos bruscamente con un empujón y me escupió en la cara mientras me insultaba en un idioma que parecía ser una aleación entre español y sueco. Justo en ese momento, me di cuenta de que al concierto de Melendi no íbamos a ir pero no me importaba en absoluto, porque estaba dispuesta a sacrificar el concierto del mejor cantante de toda la historia de España a cambio de aquel viaje. Por fin podía saber qué sentía la gente cuando viajaba al extranjero. Jamás había estado tan cerca de ser internacional y eso que aún no había salido de Torremolinos.

# *El camino más largo*

TERCER PREMIO - CATEGORÍA ADULTOS

**Jara Contreras Rodríguez**

Presentada al concurso con el pseudónimo Adriana Valente

Aunque salían de diferentes personas, el eco del nombre de la niña que se había perdido sonaba al unísono en cada segundo que todos se ponían de acuerdo para hacer la llamada de emergencia más brutal existente hasta ahora: la unidad de las personas. El nombre de Eva resonaba entre los árboles sombríos que se hallaban a las espaldas de todos nosotros. Los pinos de Torremolinos siempre fue el sitio que, durante generaciones, habíamos disfrutado para celebraciones de cumpleaños o simplemente para pasar el día en familia o con los amigos. No creo recordar que nadie tuviera un mal recuerdo de aquel lugar. Sin embargo, y bajo toda contradicción, ahora y justo en este mismo instante, toda la calidez que una vez desprendió ese lugar, inundaba del frío helador que acariciaba la piel de todos los asistentes que allí estábamos.

Se celebraban las Fiestas de los Juegos, y por primera vez, me encargaba de que todo saliera a la perfección, de que todas las familias que participaran estuvieran contentas y bien atendidas, de que todos los voluntarios pudieran disponer de la ayuda necesaria para asistir a los asistentes, de que al final del día todos se fueran contentos y cansados a sus casas.

Este año había una novedad, la carrera de padres o madres con sus hijos. Un pequeño recorrido que bordeaba a las pistas de tenis y pádel y que acababa al llegar a la puerta principal de las pistas de atletismo. El camino estaba señalado por luminosas flechas que habían sido pintadas con anterioridad, y el recorrido estaba despejado de cualquier vehículo que en circunstancias normales hubieran estado estacionados en esos mismos lugares. Pero claro, quién iba a prever lo que acababa de pasar. Nadie en su sano

juicio y de haberlo sabido, ¿se podría haber previsto? La cuestión ya no era esa, la cuestión era que una niña había desaparecido en apenas segundos y había un problema a resolver.

En ambos sentidos de la carretera, donde estaba teniendo lugar la carrera, estaban los familiares y amigos de los participantes, también se encontraba parte del personal que vigilaba que todo se cumpliera a la perfección y por supuesto, no podían faltar los medios de seguridad pertinentes. Nada raro había hecho sonar la alarma interna que todos tenemos desde el día en que nacemos y que vamos desarrollando con el paso de los años.

Y, sin embargo, entre todos los ánimos y risas que inundaban el aire que nos rodeaba, el sonido de dos disparos sin previo aviso paralizó todo lo que estaba sucediendo. Dos disparos que sonaron cerca del bosque nos hipnotizó de una forma cruel y sin descanso alguno y a plena luz del día, el ruido de lo que se suponían que eran unos fuegos artificiales desconcertó lo suficiente a todos nosotros para que se sucedieran los siguientes acontecimientos: un cúmulo de gritos no acompasados y dirigiéndose en todas las direcciones, el instinto de huida de todos los que estaban presenten presos del miedo sin llevar por ende una organización para un desalojo más efectivo y el *shock* de no entender nada y de, probablemente para muchos, escuchar por primera vez el ruido de un disparo. Los ingredientes perfectos para que entre tanto miedo y tanta excitación, una persona agarrara el brazo de Eva y huyera como si el peligro fuera a kilómetros de distancia y no que el peligro estuviera en la misma persona que agarraba sin compasión a Eva.

Sujeté con fuerzas el megáfono que me había estado acompañando durante toda la jornada y con serenidad me puse manos a la obra para ayudar a restablecer el caos que se acababa de generar. Entonces, uno de los chicos que formaban parte del elenco de los voluntarios apareció de repente junto a mí como si siempre hubiera estado ahí y simplemente me giró el cuerpo para ver lo que nadie estaba viendo.

El lugar donde iba a iniciarse la salida de la carrera de padres o madres con sus hijos era en una calle que había a las espaldas de las pistas de tenis y pádel, una calle bien resguardada por la pista de atletismo, ideal para la salida de la carrera donde todos los participantes empezarían a correr en línea recta para luego, descender y bordear parte del complejo deportivo. Como todos los amigos y familiares estaban pendientes de la salida y, por consiguiente, de la primera parte del recorrido para animarlos, nadie, absolutamente nadie, había reparado en el vacío existente a las espaldas de la salida. Un vacío existente que fue aprovechado por una persona para arrastrar a Eva, que se había encontrado a pocos pasos de la salida de la carrera, qué mejor sitio para no perder de vista a su víctima. Todo el mundo huía en miles de direcciones cercanas a donde estaban sus vehículos, pero nadie se percató en huir en la dirección opuesta al disparo, en la dirección opuesta a esos fuegos artificiales invisibles que no consiguieron más que producir controversia en todos los presentes.

Me temblaba el pulso, me temblaban las piernas, me temblaba el alma y, sin embargo, nunca me llegó a temblar la voz cuando mi boca empezó a gesticular las palabras de auxilio que captó la atención de los agentes de policía que allí estaban.

Como caballos feroces que sienten toda la adrenalina en plena competición, un grupo de expertos policías pasaron a ras de mi cuerpo dejándome en pocos segundos atrás. Si hubiera tenido la necesidad de cerrar los ojos por tan solo un par de segundos, nunca les hubiera podido seguir el rastro. Era impresionante cómo el trabajo en equipo dirigido hacia cometer el bien podía dejarle a uno mudo.

Una hilera de seis policías levantó sus armas con firmeza delante de la persona que arrastraba a la pequeña Eva, que no dejaba de resistirse para huir de aquella persona. La persona se paró en seco presa del pánico. Supongo que no había encajado en su siniestro plan la idea de que le pudieran pillar llevándose a una niña sin el permiso de absolutamente nadie. Sin



embargo, qué curioso es el miedo. El miedo es una emoción tan importante, que no podríamos vivir sin esa emoción. El miedo nos ayuda a regular cómo de grandes deben ser nuestros pasos en cada momento... como un familiar prudente. O tal vez no.

Ya no solo había en escena seis armas mirando con desagrado la estampa que acontecía a las espaldas de todo el caos que se mantenía como una música de fondo. Una séptima pistola apareció en escena. No acompañaba el efecto visual de las demás. Esta arma no apuntaba a la escena tan espantosa de una persona agarrando fuertemente el brazo de una niña que se negaba a permanecer un minuto más allí. Esa arma fue colocada sobre la cabeza de la pequeña Eva. Entonces el mundo se paró.

Los agentes de policía empezaron con calma a intentar entablar una conversación con aquella persona, todo podía salir mal. O podía salir bien. La valentía y el miedo siempre van de la mano, la valentía necesita del miedo para ser.

Y yo apenas me percaté de aquella nueva persona que entró en juego. La música de fondo había cesado un poco y no necesitaba preguntarme el por qué. No me hacía falta girarme para saber que el voluntario que me había ayudado y yo no éramos las únicas personas que estábamos visualizando aquella peculiar película que nadie hubiera querido elegir. No era una persona que se hubiera hecho de notar en ningún lugar, tengo que admitir. A pesar de que el sol se hallaba justo encima de todos nosotros, la extensión de su sombra no le hacía justicia. Sin embargo, la seguridad que tenía era tan silenciosa que hacía que todo en la vida pareciera sencillo.

Uno, dos, tres. Tres segundos necesitó para actuar sobre su presa sin hacer un ruido más elevado que el jadeo que salía por su boca. Con firmeza, fuerza y rapidez agarró el brazo de la persona que sujetaba el arma que apuntaba a Eva. La dirigió con sutileza hacia la dirección más cercana donde no había rastro alguno de ningún vecino y con un toque en la parte trasera de su rodilla derecha, esta persona cayó y la hilera de agentes de policía pudieron intervenir a la perfección.

Sincronizados al unísono, varios de ellos fueron a por Eva para ponerla a salvo. Los restantes agentes fueron a por la persona agresora que se encontraba tirada en el suelo por la sorpresa de que aquella persona invisible hubiera aparecido en escena.

Tuve que entrecerrar los ojos por el sol, pero no podía dejar de sentir admiración por aquella figura que se mantenía de pie a pesar de todo lo que estaba sucediendo. Su cabello rubio recogido en una larga coleta, ondeaba alrededor de la gorra que formaba parte de su uniforme. Los hombros permanecían erguidos mostrando altanería diría yo. Pero la combinación de todo lo que se podía visualizar causaba admiración y respeto. Era la escenificación de mujer más potente con la que me había topado.

La madre de Eva me adelantó y corrió a por su hija. Se arrodilló para ponerse a su misma altura y la abrazó con ganas. Apenas corrían lágrimas por sus mejillas, pero la desesperación estaba aún presente en sus ojos. La madre la miró y Eva puso sus pequeñas manos a ambos lados de su cara y sonrió. En ese momento, el valor material quedó aislado para todos los presentes. Sí, somos conscientes de que los regalos están correctos, pero las personas son más importantes. Y, por supuesto, todo el mundo admiró aquella estampa como si estuviéramos ante una gran obra de arte expuesta en un museo importante. Obra de arte no lo sé, pero muestra de amor más poderosa, jamás.

Me acerqué a Eva y a su madre, me arrodillé junto a ellas formando parte de un grupo que silenciosamente se hacía más grande. Eva no parecía asustada, parecía malhumorada. Pero no me tocó esperar mucho tiempo, para suerte de mi impaciencia. ¿Por qué una niña de apenas unos cinco años no sentía miedo tras la situación que yo había presenciado? La persona que agarró a Eva por el brazo y propició todo el alboroto en los juegos que se estaban celebrando era su propio padre. Su propio padre.

Yo no podía dar crédito. Un padre no debería tener ninguna necesidad de hacer una actuación tan deleznable como la que acababa de protagonizar.

Entonces recordé aquel suceso que intentaba olvidar. Yo misma fui Eva una vez, ocurrió aquella noche de primavera cuando tan solo tenía unos dieciséis años. Yo había salido a Málaga para pasar una buena tarde con mis amigas y poder cenar. Era buena estudiante y no daba problemas, por lo que mis padres me permitían quedarme hasta tarde, no hasta muy tarde, pero hasta tarde. Me volví en el autobús 110 hacia Torremolinos. Me tenía que bajar en la marquesina que había en la calle Isabel Manoja y aunque era de noche y no había mucha gente por la zona, no tenía miedo ni problema en caminar lo que eran unos tres minutos hasta llegar a mi casa. Mi padre que no se dejaba convencer con mi discurso de que no era una mala zona y siempre había coches transitando, me esperó aquella noche cerca de una rotonda, semicamufado por las señales y la oscuridad de la noche. Él me había visualizado desde lejos, cómo no.

Yo caminaba a paso ligero, pero sin parecer que sentía miedo por ir sola a altas horas de la noche. Un coche con un par de chicos jóvenes se paró cerca de mí para preguntarme cómo llegar hacia la zona de Los Álamos, que quedaba a bastantes kilómetros de donde nos encontrábamos. Mientras trazaba la ruta imaginaria en mi cabeza, el copiloto de aquel coche me agarró de la muñeca izquierda y tiró de mí con muchísima fuerza. Yo no me esperaba aquello, sino que, además, mi masa muscular no podía hacer frente a la fuerza de aquel chico. Al producirse ese tirón, me golpeé parte de la cabeza con la parte superior de la ventanilla del coche lo que me hizo que inconscientemente mis rodillas temblaran y se derrumbaran.

Pronto mi cuerpo tocó el suelo y pude agarrarme con ambas manos la cabeza, haciendo presión, como si aquello pudiera aliviar mi dolor. Oí cómo el coche se alejaba con un traumático ruido de una aceleración improvisada. Y al mirar hacia mi alrededor y no ver aquel coche, miré hacia arriba y visualicé cómo mi padre se masajeara la mano derecha. Me ayudó al instante a levantarme sin mediar palabra. Le miré directamente la mano que volvía a masajearse y estaba roja, hinchada y con pequeñas pigmentaciones color

sangre ajena. En su mirada se había dibujado rabia como nunca antes la había visto dibujada.

Mi historia, al igual que la de la pequeña Eva tuvo su final feliz, por suerte. Pudieron detener a aquellos chicos, pues mi padre se quedó con la matrícula del coche y el resto es historia. Como se podrá comprender, el tiempo que pude disfrutar de la compañía de mi padre me hizo admirarlo aún más de lo que yo ya hacía de manera natural. Por lo que me era complicado entender cómo el padre de Eva podía haber llegado a tales términos. No me importaba la historia que hubiera detrás de aquel hombre, pues para ello tenemos a la justicia que nos ayuda. Y si no nos ayuda, causar dolor en miembros de nuestra propia familia no es la solución.

Mi objetivo de aquel día, como ya comenté, fue el de que todos los asistentes se fueran a sus casas contentos y cansados. Igual no lo conseguí al cien por cien, pero creo que se consiguieron cosas. Pensar en nuevas medidas de seguridad, pensar en volver a celebrar eventos como las Fiestas de los Juegos y pensar en que todos juntos, podemos con todo.

Eva cumplía años a primeros del mes de julio, fecha cercana a la Feria de la Virgen del Carmen de La Carihuela. Se pensó que sería una buena idea homenajearla en uno de los muchos eventos que se iban a realizar en aquellas fiestas, porque poco se habla de lo valiente que fue ella durante aquel proceso traumático.

El primer año tras el altercado se la homenajeo por su saber estar y su valentía, el segundo año se decidió que tuviera su papel protagonista junto a otros niños del pueblo para lograr un mayor apego con la comunidad. Y así fue cada año.

Cada verano, durante la Feria de la Virgen del Carmen de La Carihuela, había algo nuevo que nos hacía sentirnos parte de nuestro pueblo y mejorar como personas. Lo bueno de toda esta historia es que no solo pude presenciar todas las novedades como espectadora. Con los años, con dedicación y con mucho sacrificio, hay que decirlo, pude seguir participando en todo con

un uniforme puesto que representaba la valentía de mi padre, la valentía de aquella chica invisible que aportó su granito de ayuda en aquella Fiestas de los Juegos dejando KO al padre de Eva después de intentar, sin éxito, raptarla. Representaba a la Eva de cinco años que se intentó escapar de las manos de su padre y que representaba a la persona en la que siempre me quise convertir, una mujer que formaba parte del cuerpo de Policía de Torremolinos. Alguien que solo quiere hacer el bien, sin mirar a quien.

# *Un crimen, un tesoro y una aventura*

PRIMER PREMIO - CATEGORÍA JUVENIL

**Paula Ramos Mateo**

Presentada al concurso con el pseudónimo Artemisa

Un día menos para que termine el verano, pero aquí en Torremolinos sigue pasando lo mismo. Está siendo el verano más aburrido de todos. ¡Nos vamos a ir ni de viaje! Por lo que la playa y la piscina están siendo mis mejores opciones. Aparte de quedar con mis amigas, claro está.

Hoy como un día cualquiera estamos reunidas en la heladería Capri, para charlar y sobre todo contarnos cotilleos.

—¡Estela! no te comas mi helado —se quejó Marina—. ¡Tú ya te has comido el tuyo!

—Lo sé, pero es que me he pedido uno pequeño y me he quedado con hambre —me intenté defender.

—Pues cómprate otro —intervino Alicia para que Marina no me tirase de los pelos.

—Es que no me queda dinero —abrí el monedero y lo enseñé para que lo viesen.

—Cómete el mío, que me he pedido uno muy grande y no me cabe más —dijo Amelia.

Cogí el helado de Amelia como si fuese un animal que llevaba semanas sin comer y me lo zampé en un minuto. Aunque eso sí, me manché un poco la cara.

—No tienes remedio —comentó Alba a media carcajada mientras me tendía una servilleta para que limpiara el desastre que yo había formado.

Cuando terminamos de comer, pagamos los helados y nos dirigimos hacia nuestras casas.

Vivíamos en la plaza enfrente del ayuntamiento por lo que era mejor, ya que así, si queríamos comer juntas, bajábamos las escaleras y nos íbamos a cualquier restaurante, aunque normalmente almorzábamos en La Fuente.

Cuando iba a entrar en el portal me acordé de que tenía que sacar a mi perrito.

—Oye chicas, ¿me acompañáis a sacar a Pepe?

—Claro —contestaron todas al unísono.

—Si queréis podemos ir a la calle San Miguel, y ya de paso le compro un regalo a mi hermana, que ya mismo es su cumpleaños —propuso Alba.

—Perfecto —dijo Ali mientras Marina, Amelia y yo aceptábamos con la cabeza.

—Ahora vengo que voy a coger a Pepe.

Fui lo más rápido que pude hacia mi piso y le puse la correa a mi dalmata con el fin de prepararlo para el paseo. Todas me estaban esperando impacientemente, por lo que se alegraron de verme. Y así fue como empezó la caminata.

Anduvimos como cuarenta minutos aproximadamente, hasta que me paré en un kiosco al lado de la conocida Taberna Flores, para comprar una botella de agua. Mientras le daba el dinero al humilde hombre, la correa se me escapó de las manos y Pepe empezó a correr.

—¡Pepe! —grité sin conseguir que parara. Todas a pesar de estar cansada corrimos tras él.

El perro se metió por unos callejones que nunca había visto, no me sonaban de nada. Hasta que, por fin Pepe, se paró delante de una tienda de esoterismo o algo parecido. La tienda se llamaba Nostradamus. Me fui a donde estaba mi perro para coger la correa. Cuando me acerqué al local a por la correa, escuché una pelea que estaba sucediendo dentro de este. Parecía muy violenta. Le hice un gesto a mis amigas para que se acercaran, y nos pusimos todas agachadas oyendo la conversación, hasta que el silencio se hizo y no se escuchó ni un murmullo. Un hombre alto y aparentemente fuerte salió de la

tienda, y a juzgar por su cara no parecía muy contento. Nos pusimos nerviosas por si el hombre nos veía, pero nada, pasó de largo. Cuando ya la vista no nos daba para divisar al hombre entramos sigilosamente al local.

La tienda estaba hecha un asco. Incluso era más desordenada que mi cuarto. Los libros por el suelo, estanterías rotas, cristales hechos añicos. Daba pena verla.

—Lo que estábamos escuchando no era solo unos gritos, sino una pelea física —concluyó Marina—. Y si a ese hombre no se le veía ninguna herida, otra persona no ha corrido la misma suerte.

—Sigamos, creo que veo a alguien en el suelo —comenté.

—Esto me da mala espina —dijo Amelia, y justo después Pepe ladró.

Mientras seguíamos avanzando por la tienda vimos a un hombre en el suelo. Parecía inconsciente, me acerqué para tomarle el pulso.

—¿Acaso sabes tomar el pulso? —preguntó Ali.

—En clase de educación física te enseñan —aclaré.

Después de esta interrupción sí que logré tomarle el pulso. La sangre se me heló, pues no tenía pulso.

—E...E...Es...Está... Mu...Muerto —logré decir a duras penas.

—¿Es una broma? Porque no encuentro el chiste —contestó Ali bruscamente.

—Tenemos que llamar a la poli —dijo Alba algo asustada.

—Primero busquemos a ver si encontramos algo, y después llamamos a la poli de forma anónima —propuso Marina.

—Pero no dejéis huellas —objetó Amelia— sino nos relacionarán con el crimen.

—Buena idea, empecemos a buscar —ya se me deshizo el nudo en la garganta—. Porque si el asesino estaba buscando algo no lo encontró, pues la cara que tenía parecía de frustración.

Para no dejar huellas, se me ocurrió la idea de coger las bolsas para las cacas de perro y ponérmolas a modo de guantes.



Estuvimos como una hora buscando, ya estábamos cansadas incluso algunas dejaron ya de investigar. Pero yo seguía empeñada de que tenía que haber algo.

Justo en el momento que estaba por tirar la toalla, me acerqué al cuerpo por última vez, y escuché algo que me desconcertó. Era el suelo, estaba hueco, por lo que procedí a levantar esa tabla de madera que sonaba diferente al resto. Dentro del pequeño agujero que había encontré un papel algo antiguo y arrugado.

—¡Chicas! mirad esto —exclamé levantando el papel—. Parece un mapa.

—Es verdad, y a juzgar por lo que nos muestra diría que es Torremolinos —añadió Alba. Todas la miramos con cara rara —¿Qué? Yo a diferencia de vosotras sí presto atención en clase.

—¿Y la cruz? ¿No hay cruz? —preguntó Marina.

—No, en vez de cruz hay como una especie de frase, o más bien dicho adivinanza —contestó Alba.

—Pues, ¿a qué estamos esperando? —dije para que comenzáramos la búsqueda.

—Vale..., primer acertijo: «Hay una especial que nombra la ciudad, y en su balcón la respuesta has de encontrar» —Contó Alba la adivinanza.

—¡La torre de los molinos! ¡Seguidme! —adivinó Amelia entusiasmada.

Fuimos corriendo, pero Amelia iba tan rápido que ni mi perro la alcanzaba.

—Aquí, chicas —dijo como pudo, ya que estaba agotada—. En el balcón tiene que estar.

Nos acercamos al balcón y levantamos la cabeza tan alta, que si llegamos a estar un poco más nos da hasta tortícolis. Entonces nos dimos cuenta de que había un papel pegado en el balcón:

—«Es otra como yo, aunque ella blanca es. Rodeada de niños está y de muchos chupetes más» —Está claro que es una torre —deduje yo.

—Y un parque también por los niños y por los chupetes, que son bebés —añadió Ali.

—¡El parque de la Batería! El árbol de los chupetes, y la torre esa... umm... ¡La Torre Mirador! —adivinó Marina.

Ya es el segundo viaje, pero esta vez me gustó más porque me trajo recuerdos de cuando era pequeña. Cuando llegamos a la torre nos pusimos a buscar, y encontramos otro papel entre los huecos de unos azulejos.

—«Tengo azulejos de La Mancha y unas vistas a la playa» de La Mancha se referirá a Don... —intenté decir yo, pero Ali me interrumpió.

—¡La Casa de los Navajas! Vamos.

Una excursión más, y en este se notaba que ya estábamos más cansadas porque nadie habló durante el camino.

Cuando llegamos, subimos a la parte de arriba ya que ahí estaban los azulejos. Nos quedamos mirando el techo un buen rato hasta que encontré una especie de números y letras.

—«36°37'28.1" N 4° 30'01.1" W». Esto son coordenadas —saqué el teléfono inmediatamente e introduje las coordenadas—. Es la casa de María Barrabino.

—Vamos para allá —dijo Amelia

—Oye chicas, está anocheciendo. ¿Qué os parece si seguimos mañana? —preguntó Alba.

—Sí, está claro que el asesino se va a esperar a mañana —contestó Marina de forma borde e irónica.

—Tampoco hay que ponerse así, pero Marina tiene razón, ya que no sabemos si hay alguien más que lo esté buscando —añadí para intentar calmar la cosa.

—Yo pienso lo mismo —dijo Amelia

—Y yo también —afirmó Ali.

—Pues decidido, seguimos —comenté.

Al llegar a la Casa de María Barrabino buscamos alguna forma de entrar hasta que de repente escuchamos un ruido.

—Chicas, estoy dentro, saltad la valla, que no hay mucha altura —dijo Amelia.

—¿Estás bien? —pregunté.

—Sí, tranquila.

Nos pusimos manos a la obra y fuimos escalando la valla una a una. Hasta que le tocó a Marina.

—¡Marina, baja! —gritó Ali.

—No puedo... Tengo miedo a las alturas —dijo entre sollozos.

—Si solo estás a un metro. Venga, baja, que estoy justo debajo tuya —aseguró Amelia para intentar convencer a Marina, que al final bajó.

—¿Entramos así sin más? —preguntó Alba.

—Claro, ¿qué quieres hacer si no? —contesté, aunque no le encontraba sentido a la pregunta.

—No sé, pensaba que teníais un plan.

—Pues siento decepcionarte.

Nos situamos enfrente de la puerta y la abrimos, esta al abrirse sonó de forma terrorífica, parecía que se trataba de una película de miedo.

—No sé vosotras, pero en las películas de terror siempre salen corriendo. —dijo Alba asustada.

—Ahora que hemos llegado hasta aquí no lo vamos a dejar —contestó Ali.

Avanzamos en fila india una detrás de otra con Amelia en la cabeza, después yo, detrás de mí, Marina, seguida por Alicia, y por último estaba Alba.

La verdad es que yo estaba cagada de miedo, no había luz y el suelo crujía de una manera que me ponía los pelos de punta.

Subimos las escaleras y nos metimos en un cuarto que parecía ser la habitación de matrimonio. Empezamos a mirar por el cuarto a ver si encontrábamos algo, hasta que logré ver una diminuta caja encima de un armario. Intenté agarrarla, pero no llegaba.

—Ali, ¿puedes coger la caja esa? —señalé donde se situaba.

—Claro, Estela.

Alicia, a pesar de ser la más alta del grupo, se tuvo que poner de puntillas para poder alcanzar la cajita. En cuanto la cogió, nos pusimos alrededor de ella

para ver qué había dentro. Cuando la abrió, nos quedamos sorprendidas. Había un montón de joyas, collares, pulseras... ¡Un tesoro!

Justo en ese momento se escuchó crujir el suelo en la planta de abajo, como si hubiese alguien. Nos escondimos todas dentro de un armario, pero entonces Alba se agobió y salió, pero se fue corriendo y no supimos dónde estaba.

Cada vez se escuchaban los pasos más cerca nuestra, y entonces el armario se abrió y vimos al hombre que había salido de la tienda de magia apuntándonos con una pistola.

—Dadme la caja —tendió la mano para que se la diésemos.

—¿Por qué? ¿Quién eres? ¿Qué quieres? —pregunté nada más que para molestar.

El hombre me agarró y me puso la pistola en la cabeza.

—La caja —volvió a insistir, pero esta vez amenazando—. Si queréis ver a vuestra amiga con vida dadme la caja.

—No te la vamos a dar, suelta a Estela. ¿Qué eres un matón de instituto o qué? —incordió Ali al hombre.

Intenté moverme y lo único que pude hacer fue darle una patada en la entrepierna.

—¡Corred! —grité.

Bajamos las escaleras a toda mecha mientras el hombre nos perseguía, pero Marina se tropezó y el desconocido la alcanzó.

—Despídete —dijo el hombre.

Entonces se escuchó un disparo, se derramaron mis lágrimas por toda mi cara, Marina estaba... ¿¡Viva!?! Me sequé la cara con mi brazo y logré ver a Marina tirada en el suelo llorando por seguir viva y al desconocido en el suelo con un disparo en el brazo.

Miré hacia todos lados y encontré a Alba al lado de unos policías que desenfundaban sus armas. Todo cobró sentido en mi cabeza.

Al día siguiente tuvimos que hacer declaraciones en la policía, la cual nos dijo que llevaban buscando a ese hombre un año, por robo y asesinato.

También nos explicó que las joyas van a tener que irse con la familia que se hospedaba en la casa, ya que les pertenece.

Al salir de la policía, nos fuimos todas a la heladería, para hablar sobre lo que nos había ocurrido.

Y así fue como un verano aburrido se convirtió en una película.

# *La molienda de la convivencia*

SEGUNDO PREMIO —CATEGORÍA JUVENIL

**Laura Moreno Castillo**

Presentada al concurso con el pseudónimo Etraria 1111

Costa del Sol, donde nunca se pone el astro fulgurante, pues hasta la luna se ve salpicada por la libación de rayos de sol. Uno de los jalones en ese itinerario costero es Torremolinos, destino turístico sin parangón, crisol de culturas que deriva en una convivencia enriquecedora. Caminando por el paseo marítimo, es normal sentirnos abrumados por el ruido babélico, eludiendo el rumor de las olas y el aleteo de la brisa salitrosa en los oídos. Este acogedor pueblo, ahora trillado tras el paso de turistas de todo el orbe, desde sus prolegómenos se ha nutrido del mar Mediterráneo, la ingente e insondable masa de agua salada que fluye entre continentes. Sus profundidades rebosan de misterios, tesoros y criaturas desconocidos que permanecen latentes a la espera de ser descubiertos. Los bañistas de las playas solemos experimentar con delectación la espuma de las olas más atrevidas, que se escapan del seno marino y juegan al pillapilla con la arena sedosa de las playas torremolinesas. Apenas llegamos a estar en las áreas limítrofes del mar, solo acariciamos los márgenes del Mediterráneo. Aun así, la sensación es sobrecogedora, experimentamos lo inaprensible que tiene la condición humana, pero a la vez despertamos el sentimiento de sabernos el centro del universo, complacidos por ser partícipes de tan maravilloso fenómeno atmosférico.

Empero, el mar representa mucho más para los habitantes de Torremolinos, es su sustento de vida, su estro, su elemento. De ahí que, un día, algunas de esas personas fueran elegidas con el objeto de erigirse en portavoces de la causa que pretende aniquilar el lastre que amedrenta su hábitat.

Es el caso de Pedro, un humilde pescador que pasa sus días al amparo de la mar. No es el arquetipo de pescador, con senilidad respetable y andares

melancólicos. No, se trata de un hombre maduro pero no valetudinario, más bien veterano en su labor. Se encomendó a la mar cuando rondaba los 16 años y sigue su periplo a pesar de las mareas. Algunas veces se hace a la mar en una barca con compañeros de profesión, mas prefiere pescar en soledad, en las rocas de la Punta de Torremolinos o el Morro, donde se alzaba el complejo de Santa Clara. Ensimismado en el fragor de las olas rompiendo contra la pared lítica, se pertrecha de paciencia y de un buen libro mientras aguarda la llegada de un pez que pique su anzuelo. Disfruta en especial el género poético, debido a que su rítmica lectura se compenetra con el rumor de las olas y ameniza su espera. En ese día, cuando la aurora ni siquiera había aparecido, estaba leyendo una antología de fragmentos escritos por los poetas del 27, algunos de los cuales como Manuel Altaguirre o Emilio Prados llegaron a enamorarse del paraíso torremolinense. De súbito, advirtió un movimiento en su caña de pescar y acudió raudo a descubrir su presa. Exaltado por la montaña rusa de emociones, no se percató hasta que lo tuvo en frente de sus ojos de que se le había enredado un envoltorio de plástico. Nada. Renovó el cebo y lo lanzó al mar, en tanto que reinició su lectura. Ni un verso le dejaron leer cuando unas ondas de agua envolvieron la caña de este pescador. Con celeridad, sacó el instrumento de pesca, aunque con cierta desgana porque no tenía esperanza en que fuera algo de valor. Le sorprendió sobremanera lo que encontró: una muela de molino, bueno, a escala reducida. Parecía de juguete, pero le transmitió una fuerza interior que hizo que el pescador se fuera del lugar a marchas forzadas, completamente enajenado pero con un objetivo claro.

Posteriormente, el sol estaba llegando a su cénit y los bañistas estaban remojándose en las añiles aguas de la playa de La Carihuela. Algunos aún descartaban la opción de bañarse porque querían absorber los rayos del sol en su lechoso cuerpo para lucir cuanto antes de bronceado. Esto es lo que veía Marta desde sus prismáticos desde su puesto de socorrista. Marta era una joven encantadora, activa y agradable con todo el mundo. Tan

pronto como alcanzó la edad requerida, se apuntó a un curso de socorrista y ahora compagina sus estudios universitarios con este trabajo. Requiere de una gran dosis de imaginación para matar las horas. De hecho, la joven socorrista está constantemente fantaseando con que vienen unos piratas y ella los intercepta con su catalejo dando orden a los tripulantes de su nave para defender la playa de esos bucaneros; o hacen escala criaturas mitológicas como las sirenas de *La Odisea*, o incluso emerge de las aguas el mismísimo Nautilus, comandado por el capitán Nemo. En medio de estas ensoñaciones, atisbó algo a lo lejos que la incitó a pasar a la acción. Agarró con firmeza el salvavidas y se zambulló en las aguas turquesas. Ese día no había mucha corriente, aunque el viento soplaba con fuerza y las olas podían causar algún que otro revolcón, sin más peligro aparente. No obstante, lo que alarmó a la salvadora fue la visión de una niña pequeña cuyos manguitos se habían desinflado. Ejecutó la misión con presteza y, en pocos segundos, la pequeña ya pisaba tierra firme. Entre tanto, su madre esperaba angustiada e impotente el concurso de la nadadora socorrista hasta que, para su alivio, vio a su hija correr hacia ella.

—¡Cuidado! ¡Te vas a cortar con un trozo de cristal! —resolló la socorrista, consciente de que su trabajo por cuidar de la niña aún no había terminado.

La pequeña cambió de trayectoria para esquivar la botella partida y se lanzó a los brazos de su progenitora, que palpaba su frágil cuerpo, incapaz de creer que estaba viva después de ese amargo trance para una madre. Luego, prodigaba agradecimientos a la socorrista, que modestamente evitaba dar importancia a su acción heroica y vigilaba a la niña por si advertía algún signo preocupante en su salud. Se sentía satisfecha y se reafirmaba en su determinación por haber alcanzado su sueño de ser socorrista. Pero, antes de volver a su puesto en la torre, se percató de un objeto coruscante, colindante a la botella de cristal. Lo desenterró de la arena, reconoció la silueta de una muela de molino e, *ipso facto*, relegó sus tareas en un compañero y se fue de la playa.



El sol se traducía en un calor asfixiante para Isabel, quien tenía que soportar también la humareda que salía de la barca de espetos. La fatiga y el humo hacían que se le nublara la vista alguna que otra vez, mas quería estar atenta a las indicaciones de su padre, quien le estaba enseñando el arte del oficio de espetero. Todas las generaciones en su familia se habían dedicado a la pescadería y, en concreto, su padre había inaugurado un chiringuito en los alrededores de la plaza del Remo para servir los manjares de la Costa de Sol. El olor a marisco y a pescado espetado le evocaban a Isabel su infancia y la guiaban hacia su futuro, puesto que estaba dispuesta a seguir con la tradición. Estar en plenas vacaciones de verano era sinónimo de tener el chiringuito a rebosar de clientes, por lo que su padre accedió a que Isabel fuera su compinche ese día. Ponía mucho empeño y, conforme iba pillando el tranquillo, crecía en seguridad y autoestima. Sin embargo, la madre de Isabel irrumpió la danza culinaria y solicitó la ayuda de su hija para servir las mesas. La novata accedió sin rechistar, a pesar de que a ella le gustaba más espetar. Cada vez que se acercaba a una mesa, se cercioraba de escuchar a los comensales decir que disfrutaban la comida y que con gusto volverían. Por fin, la hora de la comida había pasado y los clientes habían mudado de actividad, así que Isabel resolvió que podía hacer un descanso contemplando el mar. Pas  por el césped que cubría parte de la playa, donde las actividades vespertinas más diversas tenían lugar: un grupo de gente haciendo yoga; una pareja de extranjeros tomando el sol y, probablemente, dormidos, y una familia celebrando un cumpleaños. Estos últimos habían decorado un par de palmeras con globos y, en tanto que los niños jugaban con la arena, los adultos platicaban para mantenerse despiertos y vigilar a los peque ines. Isabel les dirigió una sonrisa amable y, sin darse cuenta, tropezó con un plato de plástico enterrado, el cual fue recogido por la misma Isabel y depositado en una papelera improvisada que habían confeccionado la familia del cumplea ero. Siguió caminando hacia el mar, como atraída por una fuerza magnética, y se sentó en la arena mojada, aturdida por la brisa marina.

—¡Gracias, mar! —dijo Isabel en un susurro a un interlocutor soñado.

Se sentía afortunada por levantarse todos los días en ese empíreo paisaje y por poder vivir de él. Un efímero pero sustancial instante que fue interrumpido por el sonido sutil de un objeto cayendo en el mar. Nadó hacia el lugar desde el que surgían ondas y cogió algo extraño antes de que cayera por su propio peso al fondo del mar. Por el tacto no podía adivinar qué era, pero lo descubrió cuando lo sacó del agua: una muela de molino. Su cerebro entendió el mensaje y desertó dejando atrás la playa.

Ya la bóveda celeste acogía colores más oscuros de atardecer, resistiéndose a despedir al sol del todo. En la capilla de la Virgen del Carmen de Torremolinos, los preparativos para el día del Carmen estaban ya culminados y comenzaba la procesión en honor a la alcaldesa y patrona honoraria de Torremolinos. Desde el 16 de julio del año pasado, habían contenido las ganas por volver a vivir la emoción de loar a su Virgen y crear recuerdos memorables en familia. Felipe acababa de tener una hija, la cual iba a acudir por primera vez a las fiestas del Carmen. Le habían inculcado la devoción a esta Virgen desde pequeño, pues sus ancestros eran marineros y se encomendaban a ella rezando salves a la Estrella de los mares. Esos salves se las cantaba ahora a su hija recién nacida en forma de nanas. Según le contó una vez su abuelo, la vida de los marineros es azarosa y ampararse en la fe es el mejor refugio en mitad de la ignota nada. Felipe era hermano de la cofradía porque quería honrar a sus antepasados y, a la par, servir de ejemplo a su descendencia. Los nervios se confundían con la emoción de todos los hermanos que iban a llevar a la Virgen del Carmen en su famosa jábega hasta el mar. Pelos de punta, escalofríos y una mirada al cielo, ya empezaban. La salida del santuario se efectuó con excelencia y se encaminaron con resolución al paseo marítimo. Felipe aguantaba las lágrimas para poder estar concentrado mientras sumergía las piernas en el mar. Un paso en falso y podría causar algún perjuicio. Entonces, su mirada se cruzó con la de su hija, que abría los ojos como platos con el despliegue de música y luces. La

pequeña, llamada Carmen, sonrió en brazos de su madre y eso inundó de cariño el corazón de su padre. Antes de que se diera cuenta, ya estaba la Virgen navegando en la barca, impulsada por los remos de los marineros. Parecía de verdad la *Stella maris*, una estrella caída del cielo para surcar los mares como faro luminoso que alumbraba el camino incierto de los hombres de ultramar. Todos se abrazaban ante el testigo virginal y enaltecían a su patrona con gloriosas alabanzas. Felipe aprovechaba el momento especial con su pequeña familia y veía en los ojos de su niña la certeza de que seguiría su legado. Así y todo, también se dio cuenta de que cuando acabara la fiesta, había que recogerlo todo y, aunque sería un arduo trabajo, habría merecido la pena. Asimismo, estaba remojándose los pies con el agua sanadora del mar cuando notó algo rozando su tobillo. Era, ni más ni menos, ¡una muela de molino! Le comunicó a su esposa que tenía que ir a un sitio al tiempo que besaba a la pequeña Carmen y salió disparado.

Cuatro personas de distintas generaciones y con caracteres igualmente divergentes se encontraron en un paraje conocido para ellos, el Molino de Inca. Uno de esos relicarios de la historia del pueblo que rezuma sosiego y paz. Asimismo, se trata de una exuberante apología a la naturaleza, con incontables especies de palmeras, arbustos y flores. En consonancia con este ecosistema, se erigen estatuas zoomórficas, fuentes de estilo neomudéjar y retazos de cultura clásica. Por si fuera poco, te permite cambiar de aires a un realístico jardín asiático con plantas autóctonas y estanques con peces coloridos, ambiente idóneo para el descanso de un ermitaño, epónimo del jardín.

Por otra parte, alberga una valiosa colección de aperos para las labores en el molino, con escalas en movimiento que, como las cintas de la película, muestran las etapas del proceso agrario. Torremolinos, haciendo honor a su nombre, fue conocido por sus numerosos molinos, de muy buen rendimiento y bastante productivos para sus dueños. El Molino de Inca, llamado así por Joseph de Inca de Sotomayor, evoca ese origen intrínseco de Torremolinos, que también embelesó a la realeza. Verbigracia, el rey Alfonso XIII y su

esposa Victoria Eugenia hicieron una parada en este enclave, dejando su recuerdo en el Albercón del Rey, la alberca donde el monarca se hidrató.

Todo esto se le vino a la memoria a los cuatro desconocidos mientras se acercaban al lugar. Su único empeño era llegar, pero no sabían qué hacer después. Afortunadamente, la puerta estaba abierta a pesar de que por la noche cerraba al público. Caminaron sobre mosaicos de teselas multicolores, las esculturas con la pátina de la noche parecían de carne y hueso. Desconcertados y desorientados, cada uno iba por su cuenta debido a que aún no se habían conocido, pero todos tomaron la misma decisión. Subieron a lo más alto, detuvieron su paso en un mirador de madera con bancos y fuentes austeras para tener una mejor vista panorámica. Allí fue el punto de encuentro en el que todos mostraron su talismán encontrado y se apresuraron a asomarse por la barandilla a fin de encontrar alguna pista. Muelas de molino hay en el molino-museo, pero estaba cerrado a esas horas. Los pájaros dormían y solo cantaba el arrullo del agua. La esperanza empezaba a escaparse de los ojos de estos visionarios, de estas audaces personas que confían en cambiar el mundo, en marcar la diferencia.

La esperanza cobró la forma de luz y la luz, de persona. Justo en la plazoleta central del laberinto arbóreo del jardín botánico, una figura humana sostenía una luz radiante como la de una noctiluca. Bajaron siguiendo el caudal del agua, saltando los peldaños pétreos y marmóreos y llegando a la entrada del laberíntico bosque. Unas ramas colgantes definían el arco sobre el umbral por el que debían pasar para arribar al centro, donde les esperaba el misterioso ente de luz. Llegaron fácilmente y ahí estaba yo, esperándolos.

—Os he estado observando y he visto la dedicación con la que trabajáis en pos del bienestar del pueblo, de vuestro hogar. Lucháis por ello y, por tanto, también os preocupa que puedan causarle detrimento. La amenaza del cambio climático asola el planeta y afecta directamente a las aguas marítimas, que se están convirtiendo en vertederos de plástico y desechos,

infiernos para las criaturas de esos lares acuáticos —hice aquí una pausa con el objetivo de dejarles un tiempo para procesar mi discurso y presuponer la continuación. En Torremolinos hay mucha gente comprometida a aportar su grano de arena para limpiar las playas y aprovechar reciclando y, entre ellos, os he escogido a vosotros cuatro como representantes de ello. Cada uno sois un engranaje primordial para que la dinámica mecánica de Torremolinos siga funcionando y, desde vuestras posibilidades, podéis hacer grandes cambios. Os perturba ver vuestro hábitat deteriorado, el mar, que además es un nexo entre diferentes territorios del mundo. En consecuencia, no se trata solo de cuidar nuestro mar, sino de cuidar los mares y los océanos, aguas interconectadas que dependen de la concienciación de todos los ciudadanos. Elegí Torremolinos como cuartel central de mi proyecto porque aquí confluyen miles de turistas y personas de muy diversos perfiles, en los que podemos dejar huella y comunicarles nuestro mensaje de rescate para evitar que el planeta sea dañado por las acciones opresoras y consumistas del ser humano. Esos mensajes tienen la particularidad de que, aunque en un primer momento se destinan a un único receptor, van a ser reenviados y recorrerán el mundo en busca de partidarios internacionales de la causa que expandan nuestra visión. Si estáis aquí es porque tenéis el carisma y la entrega necesaria para acometer la misión de seguir educando a gente en el respeto a la naturaleza. Claro está, solo será posible si vosotros aceptáis de buen grado, ¿qué os parece? —callé y esperé, sin recuperar ni siquiera el aliento.

Los elegidos no se lo pensaron dos veces, se dejaron llevar por su corazón y lo coordinaron con la boca para asentir al unísono. Este cometido añadía una razón a su existencia y se veían dispuestos a compartirla con los demás.

Yo les entregué más muelas de molino con las que pudieran identificar a los seguidores que encontraran en sus andanzas. El árbol que presidía el núcleo del laberinto consintió que el viento avivara el movimiento de sus hojas y así demostrar su júbilo por ese acuerdo determinante. Era hora de

irse. Mis reclutados aligeraron el paso para encontrar la salida del laberinto, lo cual les llevó más tiempo del que pensaban. Sus mentes estaban más concentradas en el nuevo proyecto.

Los días, semanas y meses pasaban y los cuatro intrépidos llevaron a cabo mi plan, cada uno en la esfera de su dominio. Pedro continuaba pescando bajo el sol del crepúsculo mientras animaba a los turistas a que probaran la actividad y fueran conscientes de la necesidad de mantener el mar limpio. Entre vigilancia y rescate, Marta recogía los desechos que encontraba a su paso y advertía a los bañistas de la necesidad de emplear las papeleras de reciclaje repartidas por la playa. Por su parte, Isabel conseguía más pericia al calor de la barca espetando sardinas y cortésmente invitaba a los clientes a que evitaran pedir comida de más que acabaría desaprovechada. Felipe insufló estos valores en su hija y en sus compañeros de la cofradía, difundiendo el mensaje a todos los feligreses que acudían a la Iglesia. Y yo, no cejo en mi empeño de dar con personas abiertas a la idea de luchar por el hogar que los ha acogido y de preservarlo para que las futuras generaciones encuentren en él ese mismo asilo. Desde la Torre Pimentel, la que dio nombre a la localidad, observo a los paseantes por las escaleras que comunican la calle San Miguel y el Bajondillo, y me reconforta descubrir que muchos portan la muela de molino como llave que abre las cadenas de la indiferencia. Da igual la nacionalidad, la cultura o la personalidad, todos somos capaces de ponernos de acuerdo cuando se trata de salvar nuestra casa común, aunque sepamos que la travesía puede conllevar mareas altas, tempestades e indómito oleaje.

Torremolinos, paradigma de lugar propicio para la coexistencia de humanos, también quiere hacer la convivencia agradable con su entorno natural.

# *Rex Nobus*

TERCER PREMIO —CATEGORÍA JUVENIL

**Marta Aguilar Román**

Presentada al concurso con el pseudónimo Kaz Brekker

Sara

—Sé que no es gran cosa, pero es el apartamento más barato y me tienes a tan solo una calle —dijo Becca con una sonrisa—. El resto de tus cosas llegarán mañana para que puedas instalarte por completo. Esta noche puedes venir a cenar y te explicaremos un poco más sobre la ciudad y el colegio, aunque si quieres descansar lo entenderemos. Ha sido un viaje largo y no queremos molestar...

—Becca —la interrumpí abruptamente— está bien, de verdad muchas gracias. No eran necesarias las molestias, y aunque os agradezco la invitación para esta noche, como tú muy bien has dicho ha sido un viaje largo y preferiría quedarme hoy descansando —le dije intentando mostrar una sonrisa que acabó pareciéndose más a una mueca.

—¿Seguro?, bueno pues entonces le diré a tu hermano que se pase a saludarte.

—No, eso no es necesario, pero gracias. Ya le he llamado, y además mañana nos veremos en el colegio.

Lo último que me apetecía era ver a mi hermano y su regodeo. Ya bastante mal me sentía conmigo misma como para que él lo empeorara.

—Bueno vale, pues eso, nos vemos mañana. Si necesitas algo no dudes en llamarnos —se despidió finalmente.

Cuando cerró la puerta por fin pude asimilar mi situación. No tardé ni cinco minutos en comenzar a llorar.

Solo me había hecho falta ver a través de mi ventana exactamente la misma iglesia que había estado viendo toda mi infancia y adolescencia.

Aunque sí que había un ligero cambio, el ángulo era incluso peor. Ya no daba a la entrada, como mi antigua casa en la que ahora vivía mi hermana, sino que daba la parte de atrás. Un precioso trozo de cemento.

Y tan rápido como había empezado a llorar, cambié a una risa incrédula. Qué estúpida había sido. Qué libre, inteligente y prometedora me había creído.

Hace ya más de diez años que había abandonado el «maravilloso» pueblo de Torremolinos, completamente segura de que no iba a volver jamás. Y ahora tendría que hacer frente a la vergüenza de no haber conseguido aquello a lo que aspiraba. Y no solo a la interna. No, el mundo no sería tan amable con ella, porque obviamente no había podido cerrar su enorme boca y había tenido que hacer saber a todos sus delirios de grandeza y narcisismo. Prácticamente, había gritado lo patético que era ese pueblucho y sus habitantes por querer quedarse allí.

Y diez años después estaba de vuelta. Siendo exactamente la misma persona, sin haber conseguido absolutamente nada. ¿Ahora quién era la patética?

R-

Estaba demasiado cansado para seguir andando.

Había perdido la cuenta de los días que llevaba sin rumbo.

Necesitaba agua. Necesitaba comida. Necesitaba...

Se desmayó antes de recordar qué era eso que con tanta urgencia necesitaba.

Sara

Ya estaba despierta cuando la alarma sonó. Apenas había podido dormir en toda la noche. Estaba demasiado nerviosa.

Una vez me recuperé de esa pequeña crisis existencial, aparecieron las inseguridades por mi primer día. Solo había dado clase en mis años de carrera. Y había sido a las hijas de mi vecina. De diez y ocho años. No a cinco clases de 35 alumnos adolescentes.



Y ni siquiera me gustaban los niños. Me había alegrado más terminar de dar clase a esas insufribles mocosas que graduarme.

Sí, se podría decir que no estaba muy motivada. Conté hasta diez antes de entrar a la clase, porque no importaba lo poco que me apeteciera, seguía necesitando ese trabajo.

—Buenos días, soy Sara Milano y voy a ser vuestra profesora de historia durante este curso —dije intentando que no me temblara la voz.

—Perdona, señor, ¿puedo hacerte una pregunta? —dijo un niño con una sonrisa angelical que le puso los pelos de punta. Sin esperar a que contestara continuó— ¿Es usted de verdad una buena profesora o está aquí solo por ser la hermana del director?

R-

Se despertó con el traqueteo de una especie de carro en el que iba montado. Tenía los ojos pegados y la boca pastosa, y solo atisbó la imagen de una inscripción que decía «Malaka», antes de volver a desmayarse.

Sara

—¿Primer día, no? —le preguntó un hombre de unos cincuenta años mientras se preparaba un café.

—¿Tanto se me nota? —respondió con una risa que no reflejaba para nada cómo se sentía después de esas dos desastrosas primeras clases.

—Que llesves cinco minutos intentando aprender como utilizar la máquina de café ha terminado por delatarte. Por cierto, soy Juan, lengua y literatura —le dijo tendiéndole la mano.

—Sara, historia —contestó saludándolo de vuelta.

Se sentaron los dos en una gran mesa que había en la sala de profesores.

—Y bueno, ¿qué te ha traído al instituto?, ¿pasión u obligación?

—¿Perdona?

—¿Que si tienes esa cara porque el sueño de tu vida no era tal y como te lo esperabas, o si era porque estabas lamentándote de no haber hecho derecho

en lugar de una carrera cuya única salida era básicamente esta?—dijo Juan de forma directa.

—¿La delicadeza no es lo tuyo, verdad?

—No, si puedo evitarlo.

Pese a que dudaba que ese hombre fuese a pensar mal de ella si decía la verdad, prefirió ocultarla.

—Bueno, estudié historia porque me apasionaba, así que ¿por qué no iba a estar contenta de impartirla?

—Buena respuesta, pero no te creo. Al menos tu destino ha sido Torremolinos, ¿por esa parte estarás contenta, no?

—¿Y por qué se supone que iba a estarlo? No es por ofender, es simplemente que soy una chica más de ciudad —se corrigió a sí misma rápidamente. Simplemente porque no fuese el lugar que ella había elegido, no tenía derecho a criticar la decisión de otra persona.

—Era solo que pensaba que habías dicho que te gustaba la historia.

—Sigo sin entenderte.

—¿De verdad no lo sabes? —dijo Juan realmente alucinado—. Supongo que sigue siendo un descubrimiento reciente.

—¿A qué te refieres? —dije sorprendida por su curiosidad—. Créeme, si hubiera algo históricamente interesante en Torremolinos lo sabría.

—Solo te sugiero que si te aburres te des una vuelta por sus calles —dijo con una mirada divertida.

—Ha sido un placer, pero debería ir yendo a la siguiente clase —dije cogiendo mi café y marchándome.

Lo que me faltaba, que un desconocido creyese que sabía más que yo sobre el pueblo en el que me había criado. ¡¡Era increíble!!

R-

Un olor intenso lo despertó.

—¿Qué es esto? —gritó.

Tenía a un hombre al lado. Estaba tumbado en una especie de cama y

ese hombre le había acercado una mezcla de lo que parecían plantas a la nariz.

El extraño no respondió. En su lugar le entregó un recipiente con agua. No se lo pensó dos veces antes de tragársela de golpe. ¿Cuánto hacía que no bebía? El hombre se fue y volvió con el recipiente lleno otra vez.

También traía un plato con una especie de pescado que no había visto nunca. Lo engulló casi tan rápido como se había bebido el agua. Una vez terminó, ya preguntó:

—¿Quién eres? ¿Dónde estamos?

Antes de que pudiera responder entró una mujer que comenzó a gritarle al hombre nada más verle tendido. No comprendía su lengua, pero estaba claro que no se alegraba de verle allí. Finalmente la mujer se fue exasperada.

—Yo Amílcar. Ella hermana —dijo el hombre con un extraño acento.

Así que esa mujer era su hermana. Él también había tenido un hermano. Técnicamente aún lo tenía, aunque él fuese exactamente la razón de que estuviese en ese lugar desconocido.

—¿Dónde estoy? —de pronto se acordó de la inscripción que había visto durante sus segundos de consciencia—. ¿Malaka? —preguntó.

—¡No! ¡No Malaka! —dijo el hombre visiblemente alterado. Cogió un utensilio afilado y se lo acercó al cuello—. Malaka fuera.

—¡De acuerdo, de acuerdo!, no Malaka. Entonces, ¿dónde estamos?

El hombre le hizo un gesto con la mano dándole a entender que lo siguiera. Sintió el mal estado de su cuerpo nada más ponerse en pie. Salieron de la especie de cabaña en la que se encontraban.

La nueva vista le impresionó más de lo que nunca iba a reconocer. Sintió una enorme punzada en el corazón.

Estaban en frente del mar. Un inmenso y precioso mar. Un mar dolorosamente parecido al que bordeaba la tierra en la que se había criado. La tierra que debería haber sido su reino.

Sara

Tras terminar probablemente el que había sido uno de los días más intensos de mi vida, volví a mi nueva «casa». No tardé ni dos minutos en tumbarme en la cama. Estaba agotada.

Y me quedé tumbada cinco minutos. Y otros cinco minutos. Y otros cinco más...

Y ya no pude más. ¿Y ahora qué hacía?

No pensaba decirlo en voz alta, pero casi echaba de menos las clases. Allí al menos tenía algo que hacer. Pero, ¿cómo se supone que debía ocupar sus tardes? Todos sus amigos estaban en Madrid, y en cuanto a su familia, todavía no había hablado con su hermano y no tenía intención de hacerlo. Así que, cogí mi bolso y salí a la calle.

Nada más cerrar la puerta del portal, el viento me golpeó en la cara. Parecía que fuera nueva allí. No sé por qué se me ocurría la maravillosa idea de peinarme.

Paseé un poco por las calles y vi los locales que habían cerrado y abierto desde que me fui. El pueblo todavía estaba lleno de turistas, y me divertí advirtiendo que parecían seguir sin descubrir los usos de la crema de sol.

El mar estaba revuelto, e hice una nota mental de bañarme en él en cuanto se calmara. La ausencia de mar en Madrid siempre sería un punto en su contra.

Estaba buscando un colgante con mi nombre en una tienda de *souvenirs* cuando una voz que lamentablemente conocía demasiado bien me llamó.

—Mis ojos me están engañando. ¿Es esa Sara Milano? —dijo María con su característica voz chillona.

Inmediatamente, vino a darme un fuerte abrazo pese a que por muy bien que actuase, nunca me había soportado.

—Hola, María, cuánto tiempo —le contesté sin intentar fingir que me alegraba de verla.

—¿Cuándo has vuelto? —me acusó como si debiera haberla informado de algo—. Nuria no se lo va a creer cuando se lo diga.

Genial, así que esas dos iban a seguir haciéndome la vida imposible.

—La gran estrella de la ciudad vuelve a sus raíces —comentó sarcásticamente—. ¿Estás de visita?

Se me pasó por la cabeza mentirle y afirmar que así era, pero era María. Esa cotilla se acabaría enterando igualmente.

—No, estoy trabajando en el colegio de mi hermano.

—¿Ah sí?, ¡pero qué interesante! Y yo que pensaba que querías recorrer el mundo —me contestó maliciosamente.

—Bueno técnicamente Torremolinos es parte del mundo.

Nada más contestar mi teléfono comenzó a sonar. Me despedí ansiosamente con la excusa de que era urgente.

Salvada por la campana. O eso pensaba. Hasta que vi el nombre del contacto que me llamaba. Era hora de hablar con mi hermano.

R-

Tras pasar en ese lugar sin nombre unas semanas, empezó a comprender su funcionamiento y un poco de su historia. Casi nadie hablaba su idioma, por lo que le había sido complicado obtener respuestas.

Al parecer el territorio indefinido en el que actualmente se encontraba, había pertenecido a la ciudad de Malaka, pero debido a diversos conflictos entre sus habitantes, habían acabado convirtiéndose en un Estado independiente.

Todo esto había pasado recientemente, lo que explicaba el caos que reinaba en la ciudad.

Al parecer este pueblo, fenicios se hacían llamar, basaba su economía en el comercio marítimo. Allí vio barcos como nunca había visto, y el ofrecimiento de su anfitrión de acompañarle en uno de sus numerosos viajes comerciales, cada vez le parecía más apetecible.

Amílcar, así se llamaba tras haber sido nombrado rey de ese pequeño territorio, no solo lo había acogido en su casa, sino que lo había integrado como uno más de su pueblo.

Había llegado a apreciar la libertad de que nadie supiese quién era. Pero no podía evitar la sensación de pérdida y sobre todo de vacío. Allí no estaba completo. Se negaba a pensar que él había nacido para un propósito tan pequeño.

Su hermano y él habían tenido el sueño perfecto, un sueño que estaba a punto de cumplirse. Pero la avaricia y el ansia de poder habían podido con los dos.

Se preguntó cómo estaría su hermano. Nunca antes se habían separado. ¿Le añoraría tanto como él lo hacía? ¿Estaría construyendo el futuro que los dos habían ideado?

Debería contentarse. Su situación podría haber sido mucho peor. Ahora mismo debería estar muerto. Lo estaría si no hubiese sido por ese momento de misericordia de su hermano.

Prefería no pensarlo, pero, en cierto modo, ¿no era lo mismo estar muerto a que todo el mundo pensase que lo estás?

Sara

Resultó que mi hermano no había sido tan imbécil como me esperaba. Parecía que hasta lo sentía por mí. No quería tener la lástima de nadie, pero supuse que era mejor a que nos estuviéramos evitando constantemente.

Las semanas fueron pasando, y me fui acostumbrando a mi nueva vida.

No todo estaba tan mal. El resto del claustro era agradable. Y los ratos en los que nos íbamos a tomar algo después de las clases eran de lo mejor de mi semana. Era increíble cómo el sufrimiento que nos hacían pasar aquellos niños podía unir tanto a un grupo.

Aunque no todos los niños eran tan horribles. En una de mis últimas guardias, había tenido que cubrir a un compañero en el edificio de primaria, y había empezado a hablarle un poco a una niña de nueve años sobre Isabel la Católica. Y ahora esa misma niña venía todos los recreos a pedirme que le contase lo que ella llamaba «cuentos de princesas».

Las cosas me iban bien hasta con mi hermano. Esa misma noche había quedado con él y Becca para cenar en un nuevo restaurante.

Ahora mismo estaba recogiendo las cosas para irme a mi casa cuando me choqué con alguien.

—Perdona —dije levantando la mirada.

—No te preocupes —me respondió Juan, el profesor de literatura—. ¿Qué tal te estás adaptando?

No habíamos tenido la oportunidad de hablar desde el primer día. No solía venir con el resto del profesorado cuando salíamos porque tenía que ir a recoger a sus hijos del colegio.

—Sorprendentemente bien. Desde que llegó la nueva sustituta de inglés, ya no soy el foco de sus burlas.

—Una lástima para ella, una suerte para ti —dijo riéndose—. He de suponer que todavía no has descubierto lo que te insinué el otro día.

—Eso parece. De momento, no me he topado con nada que haya llamado mi atención.

—Tendré que ser más concreto. Pásate por el viejo molino. Si una vez que vas allí no entiendes lo que te intento decir, reclama tu titulación donde sea que has estudiado, porque estaría claro que te han timado.

—¿El viejo molino?

Nunca había sentido ninguna curiosidad por ese lugar. Torremolinos siempre había tenido muchos molinos, de ahí su nombre. Pero ese en particular no tenía nada de especial. Al menos que yo supiese.

—Si tan bien lo pintas supongo que tendré que ir. Ya te contaré qué tal —le dije dirigiéndome a la salida.

La cena estaba yendo sorprendentemente bien. El restaurante había acabado siendo un italiano, lo que no me disgustaba para nada. Y sinceramente, estaba siendo una noche muy divertida.

—¿Que qué? —estaba incrédula.

—Como oyes, tu hermano ha decidido apuntarse a un concurso de baile —dijo Becca intentando no desternillarse de la risa.

—Ah, ya lo entiendo. ¿Hay alguna cámara oculta?

—Ja, ja. Podéis reiros lo que queráis pero luego no me pidáis que comparta el premio con vosotras.

—Tienes razón nos hemos pasado, pero una última pregunta. ¿Para participar, ¿no se supone que tienes que saber bailar? —dijo llorando de la risa.

—Sabes perfectamente que sé bailar.

—Te quiero muchísimo, de verdad, ¿pero acaso no te acuerdas de cuando esa mujer confundió tu invitación a bailar con una especie de danza de apareamiento?

—No es mi culpa que la gente no sepa valorar el arte —dijo mi hermano realmente indignado. Lo que provocó que nos riéramos aún más.

—Pues se espera que la media de espectadores sea bastante elevada. Para que lo sepáis —continuó.

—Oh, no me extraña. Yo no me lo perdería por nada en el mundo —dijo Becca consiguiendo que hasta mi hermano se riese al final.

El resto de la noche fue igual de bien. Pagamos la cuenta y salimos por la puerta.

Esperé a ver cómo salía su coche y me dirigí hacia el molino.

R-

Los años pasaron. El territorio (aún sin nombre) se convirtió en un estado de renombre. En él se llevaban a cabo intercambios entre diversos lugares del mundo.

Amílcar lo había convertido en uno de sus más fieles consejeros, y juntos se encargaban de establecer el orden. El vacío seguía estando, pero había conseguido hacerlo una parte más de él mismo. Simplemente aceptaba que no había nada que pudiese hacer porque desapareciera.

Últimamente, estaban planteándose una política de expansión, lo que no hacía la convivencia con los habitantes de Malaka más amena. Las disputas eran cada vez mayores. Tendría que encargarse de eso.

También tenía que prepararse para su próximo viaje. Había aceptado



la propuesta de Amílcar y había emprendido con él numerosos viajes a puertos comerciales. Juntos habían visto Tangis, Lixus, Eubussus, Utica... Desde el primero había aceptado todas las proposiciones menos las que estaban cerca de *Latium Vetus*.

Amílcar nunca le había preguntado el porqué, y él tampoco se lo había explicado.

En los años que había pasado allí también había aprendido su lengua y ya la hablaba casi a la perfección.

Iba rumbo de la casa para hablar con el rey cuando Cabiria, la hermana de Amílcar, le cortó el paso. Como compartían vivienda, su relación se había visto obligada a mejorar, y aunque no se profesaban cariño, se soportaban mutuamente. No era extraño que fuese a buscarlo para mandarle algún recado o tarea. No, lo que le sorprendió fue verla con los ojos llorosos.

Desde que la conocía nunca la había visto así.

—¿Qué sucede? —preguntó preocupado.

—Es él. Amílcar. Lo han atacado —consiguió decir entre sollozos.

Inmediatamente, fueron corriendo hasta donde estaba. Se encontraba a las afueras de su territorio. Eso no podía ser bueno. No le gustó nada la idea que tenía de lo que podía haber pasado.

Sus peores presentimientos se hicieron realidad cuando lo encontraron.

El rey estaba tumbado en el suelo. La sangre emanaba de su pecho. Tenía un sable clavado en el corazón.

Sara

Tardé más tiempo en encontrarlo de lo que esperaba. Pero, finalmente, llegué. Seguía tal y como lo recordaba, pero se veía más... cuidado. Además tenía una especie de valla rodeándolo, como si se pudiese visitar. Pasé la valla y entré.

En la entrada había numerosos carteles con información sobre el Imperio romano y sus inicios.

Si querían seguir viviendo del turismo en Torremolinos, estaba claro que tenían que contratar a mejores profesionales. ¿A quién se le ocurriría tal disparate?

Nunca había entrado en ese molino. No tenía nada de especial, y no es que hubiese sido un sitio muy recomendable.

Por eso, no tenía ningún sentido la iluminación tan buena que tenía el lugar. En concreto las luces apuntaban a una especie de placa que había en el suelo, y que decía: REX NOVUS.

Si mi memoria no fallaba significaba «nuevo rey» en latín, pero por lo que había podido leer, era una inscripción fenicia.

Sí que era curioso, pero probablemente era fruto del intercambio cultural derivado de su comercio.

Sinceramente me esperaba más.

Me decidí a marcharme cuando leí uno de los tablones de información. Al parecer, se había descubierto recientemente un texto en la parte de atrás de la balda. Era una especie de discurso de un viejo rey.

Empecé a leer la traducción del fenicio y no me lo pude creer.

—Sí, ¡venga ya!

R-

Se agachó junto a su rey y le inundó el alivio cuando vio que el sable estaba a unos centímetros del corazón.

Aún así, no iba a engañarse pensando que iba a sobrevivir.

Almícar lo había acogido como a su propio hijo y él ni siquiera había podido protegerlo.

Una gran multitud había acudido a ver el final de su rey. Le estaba cerrando las cuencas de sus ojos cuando notó que le agarraba fuertemente la mano. La gente lo notó y se apelonaron a su alrededor conmocionados.

El hombre que había sido como el padre que nunca había tenido le miró y le dijo: «Hijo, es tu hora de gobernar».

Y tras ese último aliento, cayó muerto. Un enorme silencio inundó a

los presentes, hasta que uno de los consejeros más próximos al ya difunto rey gritó: «Viva el nuevo rey».

Y así uno a uno, el resto hicieron lo mismo. Lo rodearon y lo miraron con una mezcla entre pena y admiración.

Para los fenicios la monarquía era electiva, y estaba claro que su pueblo había tomado una decisión.

Era lo que ellos querían, lo que Almícar quería, y por encima de todo, lo que él más ansiaba.

No le costó decidirse. Era lo que siempre había estado destinado a hacer. Ya fuese allí o en Roma.

No obstante, todavía le debía algo a su pueblo, algo que no le había dado a su padre.

—Amigos, mi nombre es Remo y soy de la región de Alba Longa. Tenía, bueno, tengo un hermano que se llama Rómulo, y esta es nuestra historia.

# *Las abuelas heroínas*

PREMIADO - CATEGORÍA INFANTIL

**Fátima Abd Elkhalik Pablos**

Presentada al concurso con el pseudónimo Esperar y Esperar

Hace ya un tiempo mi familia y yo nos mudamos a un barrio de Torremolinos: Montemar Alto. Todo el mundo conoce los pisos de paredes blancas y balcones verdes de este barrio. Entre los bloques de pisos hay unas plazoletas en las que se puede jugar. Y en esas plazoletas siempre hay varias abuelas que salen a tomar el fresco y a conversar.

Un día, mientras pasaba por mi plazoleta, me di cuenta de que varias de las abuelas estaban en círculo y hablando muy bajito. Se notaba que estaban tramando algo. Este comportamiento me llamó mucho la atención. Así que cada vez que salía o entraba en casa me quedaba pendiente de las abuelas. Todo era muy extraño. Siempre hablaban entre ellas y cuando alguien pasaba cerca se callaban y hacían como si no pasara nada. «¡Buenos días!» decían con total normalidad. Pero yo sabía que algo estaban tramando. ¿Qué estaban ocultando? Me di cuenta de que solo si me hacía amiga de las abuelas y pasaba mucho tiempo con ellas conseguiría enterarme de qué estaba pasando.

Y así fue. Poco a poco nos fuimos haciendo amigas. La verdad es que eran muy divertidas y eran mis amigas de verdad. Antonia tenía ochenta y seis años. Tenía el pelo completamente blanco y siempre iba acompañada de su perrita Kika. Antonia era conocida en el barrio como la roba sol porque estaba obsesionada con ponerse morena. Allá donde salía un rayito de sol, fuese invierno o verano, ella iba con su tumbona para aprovecharlo. Y cuando ese rayo cambia de lado ella también. Mari Carmen tenía noventa y siete años y por eso tenía que usar bastón. Ella era bajita y su bastón pequeño. Su pelo no era tan blanco como el de Antonia, era más bien gris. Y lo llevaba recogido en un moño muy típico de abuela. Ella era la típica abuelita de los cuentos.

Filippa era una abuela diferente porque era sueca. Usaba maquillaje, tacones muy altos, era pelirroja y...

¡Por cierto! Ahora que digo que era pelirroja me he acordado de que Filippa era la abuela de Pipi Långstrump. ¡Por eso era tan extraña! Filippa tenía noventa y nueve años y llevaba ya muchos años viviendo en Torremolinos. Su perro era español y se llamaba Manolito. Conchi tenía ochenta y dos años y era la más joven de todas. Ella se teñía el pelo de rubio y lo llevaba cortito. Siempre había querido ser una vaquera de las del Oeste, pero no había podido ser porque siempre se liaba con la cuerda. Una de sus pasiones era leer cuentos infantiles como por ejemplo *Caperucita Roja* o *Blancanieves*. Por último, estaba Loli, también rubia, pero con el pelo muy largo. Loli tenía ochenta y cuatro años y, al igual que Mari Carmen, tenía que usar bastón. Loli estaba ya harta de usar bastón, pero era necesario. Loli era bastante dormilona y llevaba unas gafitas muy pequeñas y redondas que se apoyaban en la punta de la nariz.

Un lunes estábamos las seis sentadas abajo en la plazoleta. El tiempo pasaba y no me contaban nada de eso que estaban ocultando. Y entonces me decidí a preguntarles. Lo que me contaron fue increíble. Lo que ocultaban era mucho más que un secreto. ¡Se trataba de algo extraordinario!

Estaban un día las cinco abuelas paseando tranquilamente cuando de repente se tropezaron con una piedra. Rápidamente, se dieron cuenta de que no era una piedra normal y corriente sino una piedra muy especial. La abuela Antonia se agachó a cogerla. La cogió y entonces... ¡se convirtió en superheroína! Antonia se asustó y lanzó la piedra al aire. Otra de las abuelas la cogió para que no se cayera al suelo. Al tenerla entre las manos la segunda abuela también se convirtió en superheroína. Y así hasta que las cinco amigas dejaron de ser abuelas corrientes para convertirse en heroínas verdaderas.

El superpoder de Antonia era que podía camuflarse haciéndose invisible. Cuando se hacía invisible solo podía verla su perra Kika. El superpoder de Mari Carmen era que con su mini bastón podía dar fuertes golpes para de-

fenderse si se encontraba en problemas. El superpoder de Filippa era poder hablar con todos los animales. Incluso con su perro Manolito podía hablar. La abuela Conchi era capaz de leer con los ojos cerrados y, además, se convirtió en una verdadera vaquera que manejaba muy bien la cuerda. Loli podía volar con su bastón. Ahora sí le gustaba tenerlo. Su disfraz de heroína era el más raro de todos.

Justo al día siguiente, las abuelas se enteraron de una noticia: un gatito que jugaba en el balcón de su casa se había quedado colgando de la barandilla. Todas se prepararon para la primera misión. Se transformaron. Al llegar, Mari Carmen cogió a su amiga hacia el bastón de Loli. Filippa habló con el gato para convencerlo de que bajara. Y como el gato no quería intentarlo Antonia se camufló y sin que él se diera cuenta lo cogió. El animal casi se cae, pero Conchi lo agarró con su cuerda de vaquera. Y todas dijeron: «¡Misión cumplida!».

Salvar a un gato era fácil, pero... una hora más tarde, se enteraron de que había un grave problema en un colegio. Todas las niñas de sexto de primaria se habían encerrado en un aula para que nadie pudiese entrar para dar clases. Las abuelas se pusieron en marcha. Mari Carmen, con su superfuerza, intentó derrotar a las niñas villanas. Pero una de ellas también tenía mucha fuerza y no sirvió su ayuda. Antonia con su camuflaje intentó pararlas, pero una de ellas tenía «supervisión» y no sirvió su ayuda tampoco. Filippa no podía hacer nada, pero Conchi sí podría hacerlo. Intentó amarrarlas a todas con su cuerda, pero la niña forzuda la rompió. No sirvió su ayuda tampoco. Ya casi no quedaban opciones. Loli lanzó un bocadillo que tenía para un caso de emergencia. Y Mérida, una niña a la que ya le estaba sonando la barriga, se lo comió. Era ya incluso imposible detenerlas. De pronto Manolito, el perro de Filippa, llegó y mordió a las villanas. De ese modo, se terminó la misión. Lo celebraron.

Las abuelas estaban un poco cansadas. Lo que no sabían era que iba a haber sorpresas inesperadas. «¡Rin, rin!». Les sonó el teléfono. Y cuando lo

cogieron... ¡era la famosa señora de las noticias de 24 horas! Las había invitado para ir juntas a un restaurante. Ellas aceptaron la invitación. Cuando llegaron el restaurante estaba vacío. Ni camareros, ni cocineros, ni clientes, nada. Supieron que había gato encerrado. No lo dudaban. Olga, que así se llamaba la señora de las noticias, miraba como si estuviese tramando algo. Se sentaron cada una en una silla y... otra mujer exactamente igualita a Olga entró. Cuando la doble de Olga entró, Olga y su doble empezaron a coger sillas y a lanzarlas contra las heroínas. Se notaba que querían hacerles daño. ¡Qué raro! ¿Por qué Olga era tan mala? ¿Y por qué había dos Olgas? Las abuelas heroínas se dieron cuenta de que eran gemelas. Resulta que la gemela de Olga se llamaba Teresa y era una villana con un solo superpoder: ver todo aquello que quisiese. Olga había puesto una trampa a las superheroínas. Teresa pensó que las abuelas se habían llevado la piedra al restaurante y en ese momento quiso ver cómo la habían conseguido. Querían entre las dos robarles la superpiedra. Teresa intentó quitarle la piedra a Antonia porque sabía que no iba a encontrar una piedra igual en el mundo entero. Entonces Mari Carmen les pegó un supergolpe con su bastón en la mano en la que tenían la piedra. Y la pudieron recuperar porque Antonia la invisible estaba preparada justo debajo. Conchi las ató con su cuerda y las lanzó muy lejos del restaurante. Entonces Filippa le dijo a su perro Manolito que rompiese la puerta porque estaban encerradas. Todas las abuelas se subieron al bastón de Loli y lograron salir de allí. Las villanas no pudieron robar la piedra.

Me contaron mis amigas, las abuelas heroínas, que llegó un momento en el que eran tan mayores que ya no podían salvar a nadie. Ya no sabían qué hacer con la piedra y los superpoderes. Eso era lo que estaban tramando: qué hacer con la piedra. Filippa propuso enterrar la piedra para siempre en un sitio secreto. Pero Conchi le dijo que tarde o temprano alguien la encontraría. Antonia dijo que era mejor dársela a alguien. Entonces decidieron darme la piedra a mí. Y ahora la tengo yo. Pero es un secreto. No se lo digas a nadie.

# *El tesoro*

PREMIADO - CATEGORÍA INFANTIL

**Joaquina Equinoa Torres**

Presentada al concurso con el pseudónimo Joa

El capitán Pedro de la Torre y su tripulación acababan de desembarcar en un pequeño pueblo en las costas del sur de España, desesperados. El pueblucho parecía estar a punto de caerse a pedazos, con sus cabañas de madera techadas a medias, sus calles sucias y sus árboles torcidos.

La tripulación no tenía mucho mejor aspecto. Al morir su cartógrafo en un ataque del capitán Barba Negra, Pedro y su tripulación tardaron mucho más tiempo del necesario en descifrar el mapa y encontrar ese lugar. El barco roto había hecho su viaje aún más lento. Estaban exhaustos, empapados y mugrientos.

—¿Está seguro de que aquí encontraremos oro, capitán? —preguntó su conrtramaestre.

Pedro asintió, confiado, mirando el viejo mapa que había pasado de generación en generación en la familia De la Torre. Su tatarabuelo, Luis de la Torre, había robado y escondido una descomunal cantidad de oro en esas tierras de nadie y le había dado el mapa a su hijo, junto con un acertijo que todos los piratas De la Torre conocían como una oración: «cuando el viento ya no sople y las estrellas ya no brillen, busca las tierras de nadie cuando el sol se esconde, desde la curva que toca el cielo verás las torres oscuras que te mostrarán el camino y, al final, la música de la tristeza brillará bajo la luna llena».

El viejo mapa mostraba poco más que la forma de España y una pequeña cruz, señalando el lugar exacto donde estaba parada la tripulación. Pedro no tenía ni la más mínima idea de donde estaba el oro y, a decir verdad, no estaba seguro de si siquiera existía.



Pero no tenía otra opción; el ataque de Barba Negra los había dejado en la ruina, no tenían oro ni comida y el barco estaba medio hundido. Como diría su excéntrico antepasado: «el viento ya no sopla y las estrellas ya no brillan».

—¡Miren allí!

Los pueblerinos habían visto el barco acercarse la noche anterior y se habían preparado para recibirlos. No estaban nada contentos con la llegada de los piratas. Esos criminales de altamar llevaban problemas a donde quiera que fueran, y problemas era lo último que los habitantes del pueblo de los Molinos de Papel necesitaban.

Catalina, la dueña de dos de los diecinueve molinos de las montañas, dirigía la marcha con la rama más grande que había podido encontrar firmemente apretada en sus envejecidas manos. A pesar de que el pueblo tenía un alcalde incompetente nombrado por el lord de Málaga, los habitantes del pueblo habían acordado con unanimidad silenciosa que Catalina era la verdadera gobernante.

La verdad era que Catalina no quería la responsabilidad de dirigir un pueblo arruinado. Los escandalosos impuestos exigidos por el alcalde dejaban a los pueblerinos sin oro para comer, las cabañas estaban en un estado deplorable y el dinero que ganaban produciendo papel en los molinos ya no era suficiente para mantener al pueblo de los Molinos de Papel. La mujer se detuvo abruptamente a dos metros de la tripulación.

Los piratas hicieron su mayor esfuerzo para mostrarse como un frente unido que ni los monstruosos tentáculos del Kraken podrían derribar, cosa difícil ya que estaban medio muertos de hambre.

—Mi señora... —empezó Pedro esbozando su sonrisa más encantadora—. Venimos...

—¡Fuera! —exclamó Catalina, apuntando con su rama a la nariz del pirata—. No queremos piratas en nuestro pueblo, váyanse y no vuelvan, sucios bribones.

Las personas detrás de la mujer la respaldaron con gritos de aprobación.

—Nosotros no somos ningunos querubines... ¿chipirones? —se ofendió Antonio.

—Bribones —lo corrigió Radu, el carpintero del barco, en voz baja.

—Lo que sea —el contramaestre le restó importancia con un gesto—. Solo estamos aquí para buscar algo que nos pertenece y luego nos iremos.

—¿Qué podría haber en estas tierras que le pertenezca a un pirata? —preguntó la mujer con sorna—. Trágate tus mentiras, bucanero.

Pedro estudió a las personas que los apuntaban con palos y piedras. A pesar de sus expresiones feroces, tenían las mejillas hundidas y las extremidades muy delgadas; algunos cojeaban o hacían muecas cuando se movían. Les echó otra ojeada a las cabañas que apenas se mantenían en pie y se le ocurrió una idea.

—Lo que mi compañero quiso decir es que no tenemos ningún interés en robarles nada. Mis amigos y yo solo queremos hacer un trato con ustedes —explicó con voz apaciguadora.

—No hacemos tratos con piratas —espetó la mujer del frente—. Lárguense.

—Oh, pero estoy seguro de que este trato va a interesarle —aseguró Pedro, su confianza creció al ver a un niño descalzo esconderse detrás de su madre—. Les estamos ofreciendo más oro del que han visto en sus vidas.

La mujer soltó una carcajada amarga y un hombre con una barba muy larga dijo:

—Cómo si fuéramos tan estúpidos como para creer que ustedes tienen algo de oro, ¡si parece que no han comido en semanas!

—No tenemos oro ahora, pero lo tendremos esta misma noche —prometió Antonio. Pedro asintió a su lado, esa noche había luna llena y, si no encontraban el oro para entonces, los piratas no llegarían enteros a la siguiente luna—. Tenemos un mapa justo aquí, que nos guiará al tesoro más grande conocido: el Gran Tesoro de Luis de la Torre. Si nos dejan entrar en sus tierras, prometemos compartir un poco con ustedes.

La mujer que parecía ser la líder frunció el ceño y parecía dispuesta a echar a los piratas de una patada cuando un hombre joven se adelantó.

—¿El Gran Tesoro de Luis de la Torre? Catalina, ¡eso es justo lo que necesitamos para salvar al pueblo! —los ojos del joven, Antón, brillaban—. Por favor, Catalina, es nuestra última esperanza. El invierno está cerca y sabes que no sobreviviremos esta vez.

Los pueblerinos empezaron a discutir entre ellos, gritando y levantando los brazos. Era verdad que necesitaban el oro, pero las palabras de un pirata eran igual de confiables que las promesas de su gobernador de que los impuestos no volverían a subir. Al final, Catalina levantó los brazos y gritó.

—¡Basta! —cuando las discusiones cesaron, la mujer añadió—. Haremos una votación. ¿Quién quiere ir en busca del oro?

Se levantaron muchas manos y Antón sonrió con triunfo. Aunque varios preferían deshacerse de los piratas, Catalina incluida, la esperanza ganó la batalla y todos se volvieron hacia la tripulación.

Después de discutir el acertijo por una hora, los piratas y los pueblerinos acordaron que la curva que toca el cielo se refería a la montaña en cuya base estaba instalado el pueblo. Se prepararon para subir juntando todos los sacos sin agujeros que pudieron encontrar.

Solo los más fuertes irían en busca del oro, mientras los demás los esperaban en la playa. Terminaron siendo un grupo de siete: tres piratas (Pedro, Antonio y Radu) y cuatro pueblerinos (Catalina, Antón, el hombre de la barba y una muchacha llamada Isabel).

—Repite el acertijo otra vez —pidió Antón mientras subían la colina. Antonio lo repitió.

—¿Crees que las torres oscuras se refiere a los molinos? —inquirió Catalina, aun sosteniendo su gruesa rama y vigilando de cerca a los piratas.

—No —contestó Radu—. Luis de la Torre estuvo aquí hace más de un siglo y no había molinos en ese entonces.

—Creía que Luis de la Torre no era nada más que un invento —comentó Antón, que estaba encantado con la situación—. Mi abuelito solía contarme historias de piratas antes de dormir y el Gran Tesoro era una de mis favoritas.

Pedro resopló mientras esquivaba un enorme pino, disponiéndose a contestar.

—Pueden compartir historias más tarde. Atardecerá pronto y aún no hay rastro de las torres oscuras o lo que sea —Felipe tenía razón, los piratas habían llegado al mediodía y habían perdido demasiado tiempo discutiendo y planeando.

El capitán miraba el sol poniente con preocupación.

—Creo que tendremos que esperar a la siguiente luna —dijo Catalina, mirando el sol, que ya casi había terminado su turno.

Isabel, que no había dicho palabra en todo el tiempo que llevaban subiendo la montaña y que solo estaba allí porque era la curandera del pueblo y Catalina había insistido en que los acompañara porque su «mente brillante» iba a hacerles falta, se detuvo abruptamente.

—¡El sol se esconde detrás de las montañas! —exclamó de pronto y todos se volvieron a mirarla—. Desde la curva no se ven. No hay ninguna torre en la montaña, pero desde aquí deberíamos poder ver una solo al atardecer. ¡Estamos buscando sombras!

Todos se quedaron mirándola estupefactos, analizando sus palabras, pero Isabel no perdió tiempo y se subió al primer árbol que encontró mientras el sol se acercaba peligrosamente al horizonte y el cielo se teñía de naranja.

Desde allí arriba, la muchacha podía ver todo el pueblo derruido, el barco fantasma de Pedro y las olas que rompían en la playa. La luz del atardecer hacía que los árboles proyectaran sombras alargadas que parecían un ejército de torres apuntando al este.

—¡Hacia el este! —exclamó la muchacha, exultante.

Antón soltó un grito de victoria mientras Isabel bajaba del grueso pino.

Catalina se abalanzó sobre la muchacha, reprimiéndola por ser tan imprudente.

El variopinto grupo marchó hacia el este sobre la montaña, en busca de la tristeza. La luz naranja del atardecer dio paso a la plata líquida de la luna y Felipe encendió una de las antorchas que había tenido el sentido común de traer. Radu iba dirigiendo la marcha.

Catalina estaba bastante convencida de que estaban perdiendo el tiempo. Lo que necesitaban hacer era volver al pueblo y empezar a guardar provisiones para el invierno, no seguir a tres piratas borrachos y delirantes a la cima de una montaña.

Ahora que lo pensaba, los árboles que la rodeaban le eran muy familiares y, cuanto más miraba el senderito de césped aplastado que estaban siguiendo, más le parecía que estaba hecho por sus propias pisadas a lo largo de los años.

—Este camino va a llevarnos directo a los molinos de papel —dijo la mujer de pronto.

—¿Creen que los molinos tendrán algo que ver con la música de la tristeza? —inquirió Radu.

—La mera existencia de los molinos es triste, en mi opinión —comentó Antonio, con su habitual delicadeza.

Isabel lo fulminó con la mirada y estaba a punto de explicarle con todo detalle el importante papel de los molinos en el progreso de la humanidad cuando Antón pegó un salto y salió corriendo.

Felipe salió disparado detrás del muchacho y todos lo siguieron. Catalina estaba replanteándose todas las decisiones que había tomado en la vida.

—¡Antón, para ahora mismo!

Los piratas, que iban los últimos, se desternillaban de risa.

—Y después dicen que el mar enloquece a los hombres.

Antón no se detuvo hasta que llegó a donde pretendía. Después de darse cuenta de que estaban cerca de los molinos, recordó los viejos árboles que

descansaban por allí cerca. A su abuelo le encantaban esos tristes sauces y solía llevarlo allí cada vez que podía, ambos se sentaban en la sombra a comer manzanas.

—¡Sauces llorones! —exclamó Isabel al ver los enormes árboles bañados en la luz plateada de la luna—. ¡Antón, lo has descifrado!

—Vamos, viejo, empieza a cavar. —Antonio corrió al árbol más cercano sujetando una pala.

Pedro observó las tristes ramas brillar bajo la luz de la luna y sintió que no entendía nada.

—Esto no tiene sentido. ¿Para qué es necesaria la luna llena si las hojas brillan de todas maneras en la luna menguante?

—No creo que esté hablando solo de los árboles —meditó Radu, detrás de él—. Estamos buscando algo que haga ruido.

Catalina, que estaba tirando de las orejas de Antón y a punto de ordenarles a todos que volvieran a la playa y se olvidaran del tesoro, escuchó las palabras del pirata y señaló un punto más allá de los sauces.

—¿Algo como esa cascada?

Todos habían estado demasiado asustados y frustrados como para escuchar el ruido que hacía el agua al caer, ruido como música. Antón se zafó del agarre de la mujer con las orejas enrojecidas, recordando de pronto la pequeña cascada en la que se bañaba de pequeño cuando subía con su abuelo en verano.

Los siete se acercaron al pequeño arroyo que corría montaña abajo.

Pedro le quitó la antorcha a Felipe y se acercó más para echarle un buen vistazo a la pared de piedras que apenas le llegaba por encima de la cabeza. Estaba llena de musgo y el agua cristalina caía haciendo el mismo sonido que el romper de las olas. El agua de la cascada adquiriría un color dorado al reflejar el fuego y las gotas le mojaban las botas.

—Capitán, pásame la antorcha —Radu observaba la parte de atrás de la cascada con el ceño fruncido.

Pedro hizo lo que le decía y el carpintero señaló el brillo dorado que Pedro había confundido con el reflejo del fuego.

—Es un dibujo de la luna. Parece estar hecho de oro.

Isabel se acercó al pirata y observó lo que, definitivamente, era una luna llena de oro pintada en la piedra.

—Es otro acertijo —contestó Pedro—. Para eso teníamos que venir en la luna llena. ¿Alguien tiene algo que pueda reflejar la luz?

Antonio se arremangó los pantalones, se sacó una pequeña daga de la bota y se la tendió a Pedro con toda la naturalidad del mundo. Antón lo observaba maravillado. El contraamaestre se acercó por detrás del capitán y señaló un rectángulo perfecto ubicado justo debajo del dibujo de la luna.

—Eso no parece un agujero hecho por el agua. Debemos poner algo allí.

—El mapa —Pedro casi deja caer la daga en su prisa por sacar el pergamino de su chaleco.

El capitán De la Torre colocó el mapa en el hueco y se concentró en crear el ángulo perfecto con la daga para reflejar la luz de la luna en el dibujo. De repente, la cascada se cortó y la pared de piedra se partió a la mitad, la luna de oro empezó a brillar.

Pedro, Antonio e Isabel retrocedieron y se quedaron mirando expectantes como la ladera se partía en dos, revelando un agujero oscuro. Los tres piratas no se lo pensaron dos veces y corrieron, adentrándose en el corazón de la montaña. Los cuatro pueblerinos los siguieron, más cautelosos, Antón casi dando saltitos de felicidad.

Una vez dentro, Isabel encendió otra antorcha, iluminando una bóveda que, como el capitán había prometido, estaba repleta de oro. Y joyas y piedras preciosas y utensilios de oro y muchas, muchas monedas.

El sol volvía a aparecer cuando los siete aventureros volvieron a la playa con los sacos llenos de oro. Antón lucía una sonrisa de oreja a oreja que brillaba más que todo el tesoro e incluso Catalina se permitió hacer una pequeña mueca de victoria.

En los días que siguieron, los pueblerinos lograron deshacerse de su terrible alcalde pagándole una gran suma al lord de Málaga, comprando las tierras. Felipe se convirtió en el nuevo alcalde, después de que Catalina rechazara el puesto.

Los piratas repararon el barco con la madera más fina que encontraron y llenaron la cubierta con todo el oro que pudieron cargar. Tres días más tarde, estaban listos para zarpar en busca de (sí, lo adivinaron) más oro.

Los habitantes del pueblo de los Molinos de Papel estaban aliviados de que sus inesperados visitantes se fueran, pero fueron a despedirlos a la costa de todas maneras.

Antón, que era el único que se había encariñado un poco con los piratas, se había asegurado de que el pueblo no los olvidara jamás.

—He convencido a Felipe y a Catalina de cambiar el nombre del pueblo —les dijo—. En honor al Gran Tesoro del capitán Luis de la Torre, desde hoy en adelante este pueblo pasará a llamarse Torremolinos.

—También construiremos una estatua —añadió Isabel—. Justo en medio de la playa, una estatua de un pescador.

—¡No somos pescadores! —exclamó Antonio ofendido—. ¡Somos piratas!

—Eso no es lo que vamos a contarles a los niños —Catalina se encogió de hombros.

Sin más despedidas, los piratas se subieron a su barco y se fueron a causar problemas en otra parte. Aunque jamás volvieron a verlos, los habitantes de Torremolinos repararon el pueblo y construyeron la estatua como habían prometido.

Los niños olvidaron con el tiempo a los piratas, el oro y que el pueblo alguna vez había tenido otro nombre, pero en algún lugar secreto entre las montañas hay una cascada, una luna de oro y lo que quedó del Gran Tesoro del capitán Luis De la Torre esperándolos.



# *El puente de la amistad*

PREMIADO - CATEGORÍA INFANTIL

**Nicolás Salas Martínez**

Presentada al concurso con el pseudónimo Murciélago

Asmaa tiene los ojos pequeños, la nariz pequeña y un cuerpo pequeño. Pero lo que caracteriza a Asmaa no es que sea pequeña, es que siempre está triste. Está muy triste desde que a su familia la trasladaron de país y de ciudad. El padre de Asmaa no tenía trabajo en su país y ha encontrado un puesto de barrendero en Torremolinos.

Asmaa está triste porque echa de menos a los amigos de la ciudad donde nació, Rabat, y además, aquí no tiene ningún amigo, así que siempre está sola. Ella echa de menos todas las cosas que hacía en su país y que ahora no puede hacerlas, como visitar a su abuela, ver a sus primos los fines de semana y callejear por La Medina.

Cuando más triste se encuentra se va sola a su puente favorito. Le encanta ese puente porque cuando aprendió a leer supo que esas palabras que veía en el puente significaban «bésame en este puente», y eso le encantó.

Una tarde vio que el puente estaba ocupado por un niño. Se dio cuenta de que ese niño estaba triste porque lo escuchó llorar. Eso le hizo sentirse a ella más triste.

Entonces, se acercó lentamente y le preguntó:

—¿Qué te pasa?

El niño le contestó llorando que unos niños con los que estaba jugando se habían burlado de él y le habían dicho que era muy malo jugando al fútbol, que no sabía ni pasar el balón.

—Me han dicho además que soy muy malo en todos los deportes, pero yo creo que eso no es verdad, así que he salido corriendo y he llegado hasta aquí.

Asmaa le contestó:

—Yo creo también que eso no es verdad. Además, yo tampoco sé jugar al fútbol ni pasar el balón muy bien.

Entonces el niño dijo:

—Y entonces, ¿qué deporte sabes hacer tú?

—¿Yo? Ummh, soy muy buena en natación. Soy capaz de cruzar una piscina entera sin sacar la cabeza.

El niño le contestó:

—Yo también puedo cruzar una piscina entera sin respirar y también me encanta la natación.

Asmaa le preguntó:

—¿Sabes tocar algún instrumento? Yo sí, sé tocar el laúd árabe.

—Yo estoy aprendiendo a tocar el saxofón.

—¿Qué instrumento es ese? —le preguntó Asmaa.

El niño le comentó que era como un tubo con teclas, a lo que Asmaa le contestó:

—Creo que me suena de algo, podríamos tocar juntos.

El niño le contestó:

—Vale, pero yo no sé que es un laúd árabe.

—Es como una guitarra pero más pequeña, que fabrican en mi país —le explicó ella.

Estuvieron un minuto callados y ella le preguntó al niño:

—¿Te gusta leer? A mí me gustan los libros.

El chico le contestó:

—A mí también me encantan los libros, sobre todo los coleccionables de Roberto Santiago.

A continuación, el niño le preguntó:

—¿Y tú por qué has venido a este puente?

—Porque me siento triste, han mudado a mi familia aquí y no puedo ver al resto de mi familia y mis amigos y aquí no conozco a nadie.

El niño le preguntó:

—¿No tienes amigos? Si quieres podemos ser amigos.

Asmaa muy contenta le respondió:

—¡Qué buena idea! Vale. Por cierto, ¿cómo te llamas? Yo me llamo Asmaa y vengo de Rabat. En mi ciudad hay muchos monumentos muy bonitos.

El niño le dijo:

—Yo me llamo Darío y soy de aquí de Torremolinos, en esta ciudad hay playas muy bonitas y los mejores espetos del mundo. ¿Vienes a bañarte al agua? Podemos jugar a hacer castillos de arena y carreras en el agua.

—Muy buena idea, ¡vamos! —dijo Asmaa.

Desde entonces, muchos días se puede ver a Asmaa y Darío en ese mismo puente echándole comida a los patos; a veces se pueden ver leyendo libros que se prestan el uno al otro, o ensayando canciones junto a las palmeras que dan sombra al puente.



# JURADO

I CONCURSO DE RELATO CORTO  
DE TORREMOLINOS 2022:

**D.<sup>a</sup> Cristina Consuegra Abal**

**D. Manuel García Iborra**

**D.<sup>a</sup> M.<sup>a</sup> del Carmen Fernández González**



**Torremolinos**  
CULTURA



c

b

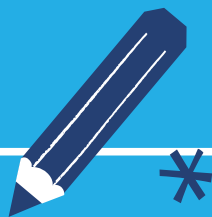
g

\*

del Pante. Ya sé que a  
todo tiene  
ardos  
usando  
dica  
uno ha  
espera  
el pe  
gamia  
si ne  
chaz  
ade

# RELATOS CORTOS 2022

Una muestra del talento literario  
de los participantes del  
1<sup>er</sup> Concurso de Relato Corto  
Torremolinos 2022



Diputación Provincial  
de Málaga



centro de ediciones